Crítica Magazine

AÑO II — BUENOS AIRES, Lúnes 7 de Febrero de 1927 — No. 13



Un rincón de la metrópoli en donde, normalmente, reina intensa actividad. (No hay alusión a los padres de la patria...)

El Destino de la Más Grande de las Trágicas: Sara Bernhardt

QUIERO flores, muchas flores...—había dicho la trágica poco antes de expirar —; quiero un entierro sencillo, pero cubierto de flores...

Y con ayuda de la primavera que doró el féretro en el largo recorrido, con la colaboración de todas clases sociales que se confundieron en el homenaje, el sepelio fué ,en medio de la tristeza, una apoteosis.

La peregrinación duró cuatro horas desde la casa hasta la tumba, a través de barrios aristocráticos o plebeyos, a lo largo de amplias o estrechas vías de comunicaciones, bajo interminables hileras de balcones atestados de gente que se asociaba a la ceremonia. El nombre, el prestigio, la fascinación de la artista que llevó la bandera de su país a todos los ámbitos del mundo, seguía vibrando en el corazón de los espectadores, y las lágrimas fueron tan sinceras y estuvieron de tal suerte en el tono de la situación, que a nadie le sorprendió ver tantos ojos húmedos o brillantes. Por encima de su persona misma, Sarah era una leyenda, una tradición, un mito fabuloso. El pueblo, sensible y romántico, creyó acaso ver dentro del féretro a todos los personajes encarnados en la escena, con el prestigio de sus almas y sus trajes, a toda una humanidad de fantasmas grandilocuentes, de héroes simbólicos que desaparecían con la voz y con el hálito de la actriz. El entusiasmo, la nobleza, el dolor, la alegría de un mundo inverosímil, consuelo eterno de los que sufren, la ficción hermosa, el ideal superior, todo parecía llevárselo la actriz, porque todo lo hizo suyo con el poder misterioso de su genio.

Por encima de todo, se llevaba Sarah Bernard su propia tragedia de octogenaria que se empeñó en empujar hasta la muerte la vocación de su vida. Durante sus últimos años, asistimos atónitos al conflicto más formidable que pudo nacer en la imaginación de los dramaturgos.

La resistencia de esta actriz, que a pesar de su pierna cortada, siguió encarnando los personajes de la ficción y recorriendo el mundo en jiras que exigen una vitalidad juvenil, bastaría para singularizarla. Sin abandonar su silla de ruedas, transportada como un paquete inerme de los ferrocarriles a los trastlánticos, triunfó en las grandes ciudades de los Estados Unidos. De regreso, quiso ver el sol de España; y durante un mes la aplaudimos en veinte papeles diferentes. Trabajaba sin apuntador; y a pesar de la inmovilidad que la obligaba a conservar su asiento en obras apropiadas para esa actitud, la magia persistente del arte la hacía dueña del público como en los mejores tiempos. De ella emanaba un misterio incomprensible.

La ciencia del artificio y la complicidad de las luces llegaban hasta a hacerla parecer joven y hermosa, y la voz de cristal, la eterna voz que no se olvida, imponía al teatro entero su vibración arrebatando los aplausos.

En París, mientras ensayaba obras nuevas, expuso planes y proyectos maravillosos. Por virtud de la energía y de la imaginación, el mundo parecía pequeño para la inválida, incapaz de dar un solo paso. Los diarios se hacían eco de las esperanzas. Quería recorrer de nuevo toda Europa. Después iría a Buenos Aires. En seguida al Japón... Y, ¡ay de quien arriésgase la objeción más tímida!

—"Vous ne m'aimez donc pas" —decía en su camarín—, "puisque vous croyes que je suis vieille?..."

El ataque que la inmovilizó, y del cual no pudo reponerse, la sorprendió en momentos de estrenar una nueva obra. Alguien la vió llorar en la intimidad como una colegiala, dejando escapar al fin el secreto de su angustia.

Porque la confianza insolente que la hacía parecer a veces sobrehumana, la tenacidad increíble que la llevaba a subvertir las leyes de tiempo, la alegría cascabelera que transformaba en torno las perspectivas, no eran más que sistemas, expedientes, ardides, para escamotear la realidad, para hacer que los demás no la vieran como la veían sus ojos. Sarah Bernhardt no había perdido los dones de su perspicacia y de su genio. En su fondo más íntimo comprendía los estragos de la vejez, su incapacidad física, el debilitamiento de sus recursos, la sombra del ocaso irremediable. Una vitalidad diabólica la empujaba a luchar y a mantenerse como paradoja humana, en contradicción con les elementos. Pero la misma lucidez de sus facultades la hacía medir el abismo entre los treinta años y los ochenta; entre sus triunfos de iniciación y sus victorias de recuerdo; entre la admiración de antes y el asombro de ahora. Los labios continuaban sonriendo en medio de la caída. Sin embargo ,a través de los elogios, ella adivinaba la piedad. El mismo esfuerzo que todos hacían en torno para esconderle su situación, daba relieve a su desastre. Comprendía que la actriz genial se había convertido en fenómeno. Su vida era una duda perpetua. ¿No había un sarcasmo en los ditirambos? ¿Qué pensaban de ella los autores? El más vago movimiento en la penumbra de la sala la hacía imaginar palabras de censura o reticencias burlonas. Martirio tanto más hondo cuanto más oculto. Sin embargo, lo prolongaba, lo saboreaba, con la insensatez de una marcha al abismo...



Más de una vez, en las conversaciones, surgía la frase lúgubre que la artista presentía sin haberla oído nunca:

—¿Por qué no se retiró a tiempo, en la plenitud de su gloria, dejando intacto el recuerdo de su grandeza?

Pero el demonio del teatro no razona: obedece a un determinismo.

Sarah, sin las almas múltiples de sus personajes inexistentes, sin la aclamación, sin la crítica, no podía vivir. Llevada por su instinto, salvó el límite razonable; y arrebatada en el engranaje, dió apariencia de "pose", a lo que no dependía de su voluntad.

—Moriré en la escena — dijo más de una vez a los cronistas incrédulos.

Pero esta decisión, como los baños de champagne y como el féretro paseado en su juventud, pareció a todos una "boutade" del carácter incorregible, estrepitoso y romántico.

Sin embargo, Réjane, la Dusse, Jeame Hading, otras más jóvenes, murieron, se retiraron, desaparecieron de los carteles, de los programas. El teatro sufrió tranformaciones. Aparecieron nuevas hornadas de dramaturgos. Y Sarah resistió a todas las vicisitudes del tiempo, de la moda, de la vitalidad. Cuando se quedó coja, representó sentada. Su vida estaba en la escena. Abandonar la escena, era para ella, dejar de respirar. Necesitaba interpretar almas excepcionales, sufrir dolores ajenos, seguir identificándose con la humanidad de fantasmas que nace de las imaginaciones. Artista saturada de su oficio, no podía resignarse a su propia individualidad, ni avenirse a salir de la poesía para encerrarse en las cuatro paredes de su existencia de anciana.

—Me iré cuando se apaguen las últimas luces — declaró, confirmando en símbolo su macabra afirmación.

En este estado de espíritu la sorprendió la enfermedad.

Una noche de estreno, pocas horas antes de levantarse el telón, tuvo que ser llevada a su casa, a su hogar, a su cama, a todo lo que ella no eligió para morir. Y acaso es ésta la causa de la crispación que conservó en el descanso eterno. En su delirio, hablaba de volver al teatro, a las bambalinas, a la celebridad. Esperaba interpretar cien obras anunciadas. Exponía proyectos absurdos. Quería luchar contra lo inexorable. Pero su voluntad ya no era dueña de su cuerpo. La materia, cansada, no obedecía al espíritu. Se desmoronaba el milagro que duró más allá de toda previsión.

Porque Sarah Bernhardt, que fué única en la escena, habrá sido también única en el mundo. Si su fuerza de exjresión, su sensibilidad, su lirismo, la erigieron en reina del teatro, su persistencia, su duración obstinada, la hicieron prolongar el término de la vida. Antes de vencerla, la gran sombra tuvo que sitiarla, y que esperar al pie de la fortaleza durante muchos años la gloriosa capitulación.

De aquí que asome al espíritu una analogía dolorosa. Cuentan que, cuando León Tolstoi se sintió morir, se levantó en silencio del lecho, se vistió a prisa, y se alejó por los caminos, para caer en plena estepa, como un mujik. Acaso entraba en el destino de Sarah un parecido epílogo. Cuando sus ojos empezaron a obscurecerse, evocaron una vez más las salas de los estrenos, la emoción, las lágrimas, las coronas, las aclamaciones, la vida consagrada a la expresión triunfal; y, movida por fuerzas incontrastables, quiso arrastrarse, acaso, hasta el teatro más próximo ,para cumplir su juramento, y morir sobre la escena como protagonista de su propio drama. Al sentir que le faltaba las fuerzas, vivió, en su última hora, la tragedia más cruel.

MANUEL UGARTE

GANESE Vd. UNA LIBRA ESTERLINA



Semanalmente nuestros fotógrafos recorrerán la ciudad, y tomarán varias instantáneas de transeuntes, de espalda, las que publicaremos en estas columnas. Las personas que crean reconocerse entre las publicadas en esta página deberán presentarse en la administración de CRITICA, y la primera que llegue, y efectivamente se haya reconocido recibirá la libra esterlina.

BERNABE PESSOLANO FUE UN DELINCUENTE PROFESIONAL

Raptó a una joven para matarla lentamente aplicándole golpes con un hierro

Finalmente la ultimó a balazos, engañó a un médico diciendole que había fallecido su madre e hizo que su propio hermano cavara la fosa



N uno de los pabellones del Hospicio de las Mercedes, el Meléndez, dedicado a los enfermos sujetos a proceso, procesojunto a la cama del matador de Pérez Millán Temperley — último eslabón de de esa tristemente célebre cadena de crímenes que comenzó en las matanzas patagónicas del coronel Varela y terminó en el drama de la celda carcelaria, donde sucesivamente sucumbieron Wilckens y Millán. — un hombre de rostro demacrado, hundidos en las órbitas los ojos penetrantes, nerviosos funambulescos, nos observa.

—¿Ustedes son de CRITICA? Vean, yo soy inocente y me tienen aquí para toda la vida. Dicen que estoy loco y que cometí un crimen horrendo. Pero todo es mentira. Yo no tuve ni arte ni parte. Mis hermanos menores, cansados de que yo los gobernara como un segundo padre, fraguaron una historia inverosimil en mi contra...

Recias, recortadas a hachazos, las frases hieren nuestros oidos con un trágico repiqueteo .

—¿Se llama?

—Bernabé Pessolano...

¡Bernabé Pessolano! Un nombre aun no olvidado enteramente. No debe hacer mucho que se falló ese proceso en el que se viera envuelto un conocido médico.

Y en el juzgado del doctor Rodriguez Ocampo, que fuera antes del doctor Malbrán, hubo quien recordaba aún, como nosotros, ese nombre trágico, que no nos era totalmente desconocido.

Fué un criminal extraño

Todos los criminales tienen una razón para matar: una venganza, un interés, una pasión... Nunca se supo qué llevó al asesinato a Bernabé Pessolano, homicida reincidente, a quien un presidente indultó, por la muerte de un agente de policía.

Tenía 30 años cuando se enamoró de una mujer bella, doña Filomena Pavicor, brasileña, de 23 años, a la que conoció durante la fiesta que sus amigos le dieron en ocasión del indulto.

El, tocaba admirablemente el violín, y la joven, que estaba comprometida, se acercó a felicitarlo. Bernabé la aprisionó en las redes quemantes de sus ojos de anormal... y tres días después la llevaba ocultamente a su casa de la calle Senillosa 1572, donde vivía con su anciana madre paralítica y sus jóvenes hermanos.

"Primer hijo, segundo padre"—

Nunca pudo suponer la infeliz Filomena, cuál era la situación que la esperaba en aquella casa. Bernabé la dirigía a balazos y su temperamento anormal se revelaba en cada uno de sus actos. Al grito de "primer hijo, segundo padre", quería imponer su misión absoluta a sus hermanos menores, a los que amenazaba continuamente.

Y la infortunada Filomena, no pudo salir, una vez cerrado el umbral de la habitación, ni una sola vez al patio. Secuestrada en esa pieza miserable, convertida por su hombre en un lóbrego calabozo, soportó desde el primer día todas las iniquidades.

Cuando Bernabé, cansado de inferir improperios contra sus hermanos, se encerraba en su dormitorio, no hallaba expediente más cómodo que tomar una larga varilla de hierro, de que se había provisto, y golpear despiadadamente a Filomena, hasta dejarla exhausta, ante la mirada vidriosa de la anciana madre paralítica.

Quizás preparando el momento en que por la fuerza de sus golpes habría de fallecer la infeliz mujer, Pessolano fué un día a casa de un médico que había sido condiscípulo suyo en la escuela primaria y le pidió que visitara a su anciana madre, a la que diagnosticó parálisis hemipléjica.

La bestia humana—

Un día, el hermano menor de Bernabé, un muchacho de veinte años, sintió en sus arterias un impuso rebelde ante los ayes de esa mujer maltratada a diario, sin otra causa que la satisfacción de quién sabe qué instintos anormales, gritó su indignación a voz en cuello.



Bernabé descargó sobre él sus iras y tomando su revólver quiso matarlo. No lo consiguió, pero se contentó con perforar a balazos el retrato de su padre, colgado en la cabecera de su cama.

Y cuando vió nuevamente sumiso, por el influjo que ejercía sobre toda su familia, a su hermano, quiso escarmentarlo con una nueva creación de su ingenio criminal.

Una noche, introdujo en su habitación a su hermano y le mostró a Filomena, casi desnuda. En la deformación de su vientre cruzado por infinidad de llagas producidas por los golpes, se advertía que estaba en vías de ser madre.

Allí, frente a aquellos restos lastimosos de lo que había sido una bella mujer, acusó a su hermano de ser el padre de la criatura por nacer.

Con el hierro de todos los días, comenzó a martillar el cráneo de esa pobre mujer y luego, en el paroxismo del delirio criminal, tomó el revólver y descerrajó en su cuerpo tres balazos.

La infeliz cayó bañada en sangre, y él, tomándole los cabellos, con una mano, la arrastró hasta los fondos de la casa, mientras con la otra apuntaba su revólver hacia su hermano, al que obligó a cavar una fosa donde había de enterrarlo junto a la que, gravemente herida, pedía que la ultimara para evitarle más sufrimientos.

Mientras el joven, horrorizado, cavaba, la bestia humana, ante los pedidos de la mujer, cambió de opinión.

Algo más agradable para su instinto criminal, era que la mujer sucumbiera lentamente, en el sufrimiento que revelaban sus ayes lastimosos.

¡Así podría verla morir poco a poco!

Volvió con ella a su pieza, la arrojó sobre la cama y envió a dos de sus hermanos a una cochería a retirar un ataúd, dando un nombre supuesto .

El certificado médico—

Y mientras Filomena iba apagándose sin asistencia médica, llamando a la muerte libradora y arrojando de su cuerpo, entre dolores indecibles, al fruto de sus amores malditos, Bernabé Pessolano, acudió a casa del médico amigo a solicitar un certificado de defunción para "su viejita".

Como es natural, el facultativo preguntó en qué forma habíase producido el deceso de la anciana que un día visitara, y como no le satisficieran las explicaciones de Bernabé, se negó a extender el certificado. Ya se iba el homicida, cuando alcanzó a decirle:

—¿Así que me crees capaz de matar a mi propia madre?

El médico, que adoraba a la autora de sus días, se vió desarmado ante la lógica de la frase y no hesitó en extender el documento, que luego sirvió para enterrar el cuerpo de Filomena, que había luchado con la muerte durante casi dos días de horrible agonía.

Cómo se descubrió el asesinato—

Pero Juan Mamino y Luisa Gonan, vecinos de Pessolano, habían sentido los ayes de Filomena y dieron aviso, para descargar su conciencia, al comisario de la sección 36a., quien se puso de inmediato en comunicación con el juez Malbrán, que ordenó la detención del acusado.

Exhumado el cadáver, se halló que no era una anciana, sino una joven, debajo de la cual se hallaba un feto de cuatro meses y, revisada la casa, oculta en un miserable cuartucho de los fondos, se halló a la anciana madre del criminal, a la que éste ni siquiera alimentaba, esperando sin duda que su muerte por inanición borrara todos los rastros.

¿Para qué decir que el médico que extendió el certificado se vió envuelto en el proceso y tuvo que liquidar su consultorio, arruinando su carrera? Pero Pessolano no confesó nunca su crimen. Encerrado por las acusaciones de sus propios hermanos, dijo que la muerta era una mujer con quien su hermano menor había tenido una disputa durante un baile realizado en la casa y que tuvo que hacer todo eso para salvarlo de la cárcel.

—Créanme, repetía, yo no tengo arte ni parte.

Y como los médicos legistas informaron que se trataba de un degenerado con atrofia y perversión de sus instintos morales, con una degeneración constitucional en los sentimientos volitivos y afectivos, que lo lleva hasta una psicosis alucinante y delirante, sin ser precisamente un alienado, se le impuso la pena de presidio perpetuo, que actualmente cumple en el manicomio, de donde lo sacara una vez un indulto vergonzante y de donde no debiera haber salido jamás.

EL JOVEN VIEJO



N joven actor, Aquiles Duroc, dotado de escaso talento, pero con un gran deseo de hacer rápidamente fortuna, seguía un día la orilla del Sena, cerca de Mantes, contemplando aquel delicioso paisaje, un verdadero encanto para los ojos de un artista.

Cerca de Guérinet atrajo su atención una casucha situada en medio de un campo. Examinó larga y minuciosamente la configuración del terreno, que descendía en suave pendiente, y se marchó.

• • •

Dos días después, un anciano de unos setenta años, de largos cabellos blancos y barba patriarcal, compró aquella casucha y su campito circundante por un precio irrisorio y se instaló en ella. El nuevo vecino inspiraba una gran compasión, pues caminaba muy lentamente, ayudado de un grueso bastón.

Este anciano no era otro que el joven Aquiles Duroc, que había puesto al servicio de sus proyectos sus conocimientos de caracterización adquiridos en el teatro.

Días después de su instalación dijo a sus vecinos que había encontrado en su choza un viejo libro de hechicería, donde se describía un manantial rejuvenecedor, que debía de haber existido varios siglos antes en aquel lugar.

Nadie, ni los más ancianos del pueblo, conocía aquella leyenda.

—¡Un agua que devuelve la juventud! — decía Aquiles. — ¡Eso me hacía a mí falta! Voy a buscar ese manantial.

—Mejor será que vaya usted a Voronoff — le contestó un bromista.

Pero el tío Aquiles, persuadido por el aspecto del suelo de que el agua debía de estar a flor de tierra, se armó de un azadón y no tardó en poner al descubierto un hilito de agua, que iba a perderse a unos cuantos metros de distancia, en el mismo terreno de su propiedad.

—¿Lo ven — decía a los lugareños — cómo tenía razón el libro de magia?

Pero en Normandía no se dejan convencer fácilmente.

Sin embargo, a los ocho días, los más escépticos pudieron comprobar que en la persona del tío Aquiles se producían cambios extraordinarios. Primero cesó de cojear; luego, empezó a andar sin bastón. Parecía menos encorvado, y sus pasos eran más largos y firmes.

La gente se paraba en la calle para comentar aquello.

—¡Parece que el agua le sienta bien!

—¡Como que ya corre como un conejo!

En dos semanas, el tío Aquiles había perdido veinte años. Sus arrugas se desvanecían, su tez adquiría el brillo de la juventud, su voz era cada día menos cascada. Pasaba el día cantando alegremente.

La emoción creció. De los otros pueblos iba gente a ver a aquel hombre, en el cual el agua de un manantial hacía verdaderos prodigios.

Y, naturalmente, todo el mundo, especialmente los viejos, querían probar el agua milagrosa. Pero el tío Aquiles no lo consentía.

—Os habéis burlado de mí; pues ahora me toca a mí reir. El agua es mía y nadie la bebe más que yo.

Ocho días después, el asombro fué general cuando se vió al ex anciano montar en bicicleta. Y el estupor creció al ver que tenía el pelo negro.

Cuando se lo cortó y se afeitó el bigote y la barba, el tío Aquiles sólo tenía treinta años.

—Ya no bebo más agua — dijo jovialmente—. Si sigo bebiendo, volvería a la niñez.

Varios capitalistas de la ciudad, atraídos por el rumor, y olfateando un negocio excelente, quisieron pagarle a buen precio cada botella del maravilloso líquido. Aquiles rehusó la oferta. Lo que él quería era vender el manantial.

La ocasión se presentó cuando un nuevo rico le ofreció un millón.

El joven viejo desapareció del pueblo en cuanto recibió el dinero. Y, el comprador, a fuerza de beber agua, murió de hidropesía.

Andre MYCHO.

Como se Puede Pasar el Verano Teniendo Dinero - por Arteche



JORGELINA

Especial para CRITICA MAGAZINE — por Ricardo J. Groppo

(Continuación del número anterior)

APENAS cambiados los saludos adelantó bruscamente su mano derecha, miró el reloj-pulsera y pronunciando una exclamación, agregó luego con exagerada voz: ¡Ya son las seis! Remarcando su contrariedad, aprestóse a retirarse, pero como Roberto entraba a aquella sala solamente para despedirse de Beatriz, creyó ésta conveniente se retiraran aquéllos juntos, pues ambos debían llegar hasta la calle Santa Fe para tomar el tranvía o hallar un auto.

Tres cuadras los separaban de dicha calle. La primera cuadra y parte de la segunda las recorrió Jorgelina con presteza, pero el resto de la segunda y especialmente toda la tercera las hizo con una sensible disminución en el paso.

Y tal vez no fuera ajeno al sintomático cambio el comportamiento de Roberto, pues al promediar el camino comenzó a tutearla y a hablarla con cierta efusión. Jorgelina tembló de emoción cuando él tomóla el brazo por breve trecho. Llegados a Santa Fe él le preguntó si le era indiferente tomar el tranvía o un auto y, rectificando ella, en un lamentable olvido, su premura de hacía un instante, díjole que sí, ya que no tenía apuro ninguno.

Sentados en el vehículo, Roberto le hizo algunas confesiones: "aunque trabajo mucho y provechosamente, no soy feliz. Yo también siento quebrado mi destino". Después de pronunciar algunas palabras más, que herían por igual sus almas y reavivaban una inextinguible, común angustia, calló por varias cuadras.

Próximos al lugar en que Jorgelina debía descender, Roberto la invitó para que fuera el viernes por la tarde a casa de Beatriz, pues habían designado ese día para hacer otra inspección ocular al terreno del Tigre. Aceptó ella, asegurando que el viernes estaría a las dos de la tarde en casa de su amiga.

Atravesaba el tranvía la esquina de Callao y al estrecharse las manos para despedirse, pues Jorgelina descendería en Rodríguez Peña, un cortés saludo quitóle toda efusión a la despedida, paralizándolos un tanto. Fué un detalle inesperado y desconcertante por su impertinencia. Y aquella gentileza —quizá de funestas consecuencias— correspondía a Horacio, el amigo de parrandas de Carlos.

Aparentemente no era aquel un motivo para inquietarse, pero la trascendencia era subjetiva. Vislumbraban sus espíritus el recobro del sendero que un día recorrieron juntos. Ganando realidad al tiempo, objetivaban ya la idea que determinara la complacencia de la una y la invitación del otro para viajar en el mismo tranvía, y entonces sintieron ambos la gravedad de aquella circunstancia: ¡Horacio nos ha visto! Para lo que ellos sentían sin podérselo explicar, para lo que ellos veían fatalmente realizado, aquel saludo de Horacio era la publicidad afrentosa, era el prejuicio implacable y lesivo. Corporalmente puros todavía, veían en el desdichado saludo la murmuración calumniosa y el índice de la sórdida mano de la moral exponiéndolos a la vindicta pública.

El viernes a las dos menos diez de la tarde, descendía Jorgelina en la esquina de Santa Fe y Malabia para dirigirse a la casa de Beatriz, cumpliendo así con la promesa contraída con Roberto.

Realizaron efectivamente la proyectada visita a los terrenos del Tigre en los que debía levantarse el suntuoso chalet, tan anhelado por Beatriz. Prolongaron después el paseo por algunos de los encantadores riachos del Paraná y regresaron a la capital con el tren de las 18. Sin duda alguna la inspección ocular al terreno era de todo punto innecesaria, pues ya se habían hecho varias. Pero, conociendo Roberto el entusiasmo desbordante de Beatriz por la famosa edificación, pensó aprovechar debidamente la coyuntura, sacándole el mayor partido posible.

Había momentos en que el recuerdo de Jorgelina le atormentaba de tal modo que necesitaba verla imperiosamente. Aunque fuera entrando a su casa, asomada al balcón o espiando la calle tras los visillos de la sala. Dirigíase entonces al domicilio de ella y pasaba por frente a la puerta dos o tres veces, estacionándose luego en la esquina para desde allí atisbar. Pero como para mejor enfocar la casa debía situarse en la acera de la esquina, donde no se detienen los tranvías —pues el lugar estaba después de la bocacalle, según la dirección que llevaban aquellos vehículos en dicha arteria— le preocupaba la posibilidad de que Carlos le hallara allí por las dificultades que tendría para justificarse.

Si bien la otra esquina de la misma acera tenía la ventaja de que los tranvías hacían en ella su parada habitual, pudiendo explicarse el estacionamiento, ofrecía en cambio el grave inconveniente de hallarse muy próxima a la casa de Jorgelina. Por estas razones nunca podía detenerse en aquellos parajes más de un instante. Escollos tan fundamentales para la absoluta reserva en que debían desarrollarse esos acontecimientos, motivaban las más serias cavilaciones y las más inteligentes maniobras. Dichos escollos debían sortearse con destreza y con premura. Por eso pensó que el viaje al Tigre allanaría muchas dificultades y tal vez le brindara la ansiada oportunidad para hacerle una declaración formal. Efectivamente, Jorgelina estuvo esa tarde más bondadosa que de costumbre. No aparentaba equivocarse al tutearlo y lograba con fina habilidad hurtar muchas palabras a la indiscreción de los demás para prodigárselas, cordialmente, a Roberto.

No pocos "aparte" supieron provocar y aprovechar intensamente durante la tarde, hasta lograr Roberto, en uno de ellos, estamparle un beso en plena boca. Jorgelina enfrenó de inmediato aquel entusiasmo, pues segura de la reincidencia, a la que ella tampoco podría substraerse, temía fuesen sorprendidos por Beatriz o el padre de ésta, señor Ocantos. Convinieron entrevistarse el lunes a las 4 de la tarde, para lo cual Jorgelina simularía, en su casa, una visita a su amiga Beatriz.

En el tren de regreso Roberto conversó exclusivamente con el señor Ocantos aparentando gran interés en la construcción del chalet y teniendo para Jorgelina sólo algunas miradas furtivas que le compensaban de la indiferencia que se había impuesto. Ya en la estación Retiro, pretextó una consulta con un colega para despedirse y no acompañar a Jorgelina hasta su domicilio, como lo hicieron Beatriz y su señor padre.

Los hechos elocuentes y promisores de esta tarde parecíanle evidenciarlo en su situación de amante —virtualmente lo era— y aunque esa evidencia sólo estaba en su convicción y en su esperanza quería, no obstante, substraerse en forma absoluta a la suspicacia de la gente, evitando, así, quizá, fatales complicaciones.

—¿Cómo te va Carlos?

—Hola, Horacio ¿qué tal? ¿Qué andás haciendo por Santa Fe y Callao? ¿Has abandonado ya el teatro de tus históricas hazañas... Suipacha, Esmeralda, Lavalle, Corrientes, Tucumán?

—No viejo, es que en las inmediaciones de los cines aristocráticos son más seguras y proficuas las cosechas de Don Juan. Sin contar que esta muñeca se impone en cualquier pista y en cualquier distancia.

Tengo en mis manos el corazón de una dama hermosa y linajuda. ¡Qué líneas, qué porte, qué elegancia, querido!

—Y ¡qué suerte ¿no? Se puede conocer el dulce nombre de la preciosa dama?

—... Es la señora... la señora X.

—¡Cómo te cuidas! ¡Qué reservado!

—Son gajes del oficio. Ya lo vas a saber, no te apresures. A propósito de conquistas ¿cómo te porta la francesita?

—Mal, che, mal. Ya me tiene cansado con sus "mon petit" y sus directos a la cartera. Sin contar que el día menos pensado me arma un lío descomunal con Jorgelina. Te imaginás que ella lo sospecha todo, máxime cuando en uno de los últimos incidentes ocasionados por mis supuestas idas a Montevideo y mis comidas con este y con aquel hipotético representante de una gran casa comercial extranjera, yo, en un momento de nerviosidad, confesé casi de plano la verdad de las cosas. ¡Y todavía la Germaine esa me manda una carta a casa!

—¿Se enteró Jorgelina?

—No sé, pero aunque el sobre y su leyenda pretendían desvirtuar la procedencia, un penetrante perfume del papel interior denunciaba, inconfundiblemente, la estúpida patraña.

—¿Y qué decía?

—Casi nada, me pedía entre lamentos y frases dulces 400 pesos para desempeñar un par de aros, recuerdo de su idolatrada madre. Si Jorgelina se entera, imagínate el enojo. Aunque yo hago oídos de mercader a sus reclamos. Ella, como se lo tengo dicho, podrá exigirme determinada vida dentro de mi casa, pero no le permito ninguna ingerencia en lo que atañe a mi vida y a mis cosas fuera del hogar. ¡Bastante sacrificada está mi libertad con haberme casado!

—Efectivamente. Y es un sacrificio sin redención y sin provecho, del que siempre me verás libre. Ahora que recuerdo, la semana pasada no sé si el lunes o el martes, vi a Jorgelina viajando en un tranvía de la línea 31, acompañada de Roberto, el alemancito. No quisiera provocarte ninguna sospecha contándote un hecho natural y sin trascendencia, puesto que todos sabemos que son amigos desde la infancia y que sus respectivas familias se frecuentan. Además, vos tampoco ignoras que han sido casi novios, pero pude observar al saludarlos un detalle pequeño, aunque sugestivo. Y pude observarlo bien, porque el tranvía se detuvo para que subiera una señora. Jorgelina, que venía del lado de la ventanilla, contestó apenas mi saludo. Estaba un tanto sorprendida y visiblemente inquieta, porque el tranvía no se alejaba rápidamente del lugar. Le habló dos palabras a Roberto sin mirarlo y éste afectó mirar displicentemente hacia el lado opuesto, pero cuando el tranvía arrancaba se inclinó un poco hacia adelante y me espió por debajo del ala del sombrero de Jorgelina. Francamente, me pareció ridícula la pretensión de ocultarse, máxime cuando yo los había visto de frente; además de que el hecho de viajar juntos no creo obedezca a otra circunstancia que a una simple casualidad.

Como Horacio hiciera una pequeña pausa, Carlos interrumpió para decir: mirá, aun llevadas las cosas a su extremo, eso me tiene sin cuidado. Jorgelina me es cien veces más fiel que lo infiel que vos sabes le soy a ella. Además, poniéndonos en el peor de los casos y teniendo en cuenta que "todo marido es un minotauro en potencia" —como leí en una novela de Balzac— no creo que me haya llegado la hora. Roberto, en ese sentido, es inofensivo. Pero si, desgraciadamente, llegara el caso que Jorgelina me faltara, te juro que sabría lavar altivamente mi honor.

—Dejate de macanas, Carlos. Aquí lo único que corresponde lavar son las manos para que tratemos con más limpieza un asunto insignificante que vos, ridículamente, quieres suponer afecta el honor de Jorgelina y el tuyo. Tengo el mismo concepto de la insignificancia de Roberto y de la fidelidad de tu señora. La pobre es una santa por el sólo hecho de soportar tus afrentas; y por poco que la estimes o por mucho que te ofusques nunca podrás pensarla sin honor. Bueno, viejo, te abandono. Terminó el cine y voy a arrimarme a la verja para presenciar el desfile y valorar los candidatos. Hasta cualquier momento. Recuerdos a Jorgelina.

No obstante su convicción respecto a la conducta de Jorgelina, reforzada todavía por las apreciaciones de Horacio, sintió Carlos que una vaga tristeza comenzaba a inquietarle. Pensó que la gran mayoría de las mujeres infieles lo son con sujetos de tan escasos merecimientos, que jamás podrían disculpar un adulterio. Muchas veces la antítesis puramente física del marido triunfa rotundamente sin que cualidad moral alguna o arrestos donjuanesco vengan a consolidarla. Pues hasta allí el hombre es superior a la mujer. El hombre, generalmente, en toda conquista amorosa, además del triunfo físico que significa la posesión, obtiene un triunfo estético, pues ella es hermosa, y un triunfo moral, pues ella es también buena y confiada. Mientras que la mujer, exceptuando los casos indispensables que confirman la regla, satisface exclusivamente el cuerpo desoyendo el leve reclamo espiritual, cuando por acaso existe. Y entonces creyó que nadie es insignificante para una mujer casada.

Agobiado por estas razones, que a fuer de simples le parecían ilevantables, se enfureció sólo de pensar que el insignificante de Roberto pudiera burlarlo. (No era Carlos persona de grandes luces, pero, cómo agudiza la inteligencia la visión angustiosa de la vergüenza, del deshonor, de la miseria!)

Llegó a su casa malhumorado y al penetrar inopinadamente al escritorio Jorgelina cortaba, en ese preciso instante, una conversación telefónica.

Creyó ver confirmadas todas sus terribles sospechas en aquel acto. Inquirió con quién hablaba y la respuesta, naturalmente, nada confirmó de sus temores.

Cenó sin cambiar una sola palabra con su señora y pretextando visitar a un amigo enfermo salió de casa. Pero el enfermo era él. Tenía la certeza que Jorgelina le era infiel. Retrotrayendo situaciones viejas, actualizando algunos incidentes, veía claramente que la voz del odio dictaba las palabras de aquellas reyertas y que la mano implacable del desdén movía sordamente la querella. Sin pensarlo ni quererlo, tal vez, estuvo más de dos horas en acecho por las inmediaciones de su domicilio.

Pero en una tregua de su ensimismamiento pudo apreciar la torpeza de su actitud y ganado por un optimismo rebosante regresó a su casa, pensando que su amor propio, por respetable que fuera, no tenía el derecho, para descargar sus temores, de imputar a su queridísima Jorgelina una falta tan grave.

Además, se dijo, no es este el procedimiento para descubrir su infidelidad, si ella realmente existiera. Debo demostrarle la misma confianza de antes y la misma indiferencia por su adustez intermitente, pues en el supuesto caso de que mi desgracia se hubiera consumado, no tiene por qué ser muy estremosa mi vigilancia, dado el que así me ultima no podría ser otro que Roberto... de quien, sin embargo, no he podido abandonar aún la convicción de su inocuidad para estas lides.

Pero, no. Jorgelina no es capaz de una vileza.

Las últimas palabras le sor-

(Continúa en la pag. 12)

UN LIBRO DE INTENSA Y HONDA EMOCION ES "EL EMPRESARIO DEL GENIO"

de

CARLOS ALBERTO LEUMANN


XPERIMENTASE cierta perplejidad ante la nueva novela que Carlos ma y por momentos Alberto Leumann titula "El Empresario del Genio". Después de su lectura interesantísi de emoción honda, cabe preguntar: ¿Qué se ha propuesto el autor al escribir este libro, tan fuera de lo conocido en cuanto a la situación central y a varios de los elementos que intervienen en el conflicto de los personajes? Nuestra sorpresa deriva, sin duda, de que esa situación excepcional la traen personajes de nuestro ambiente, con un modo de actuar y con episodios que constantemente producen la sensación de seres y de cosas que hemos visto. Nos sentimos en una atmósfera argentina. Por eso los protagonistas y el conflicto nos arrastran y nos interesan desde las primeras páginas. Pero así acontece algo que no hubiéramos sospechado, y acontece por obra y gracia del protagonista principal, Gustavo Amaya. En la psicología de éste, reside, a nuestro juicio, la significación más intensa de la novela de Leumann, y s uoriginalidad mayor. Es un carácter trazado con mano maestra. La circunstancia de que habla en primera persona y en la actitud de confesarlo todo al lector, contribuye a que éste sienta toda la poderosa humanidad que al personaje agita. Otra circunstancia más ha de señalarse para explicar su poder de sugestión: su argentinismo y las causas que exaltan su argentinismo. Gustavo Amaya logra en cierto modo trasmitir todo su argentinismo al lector y contagiarle sus preocupaciones. Su pasión la provoca la obra literaria de un amigo inocrático y al mismo tiempo artimo, Lucio Paz, el "genio", en quien Amaya ve surgir a un revelador del alma argentina, un creador de nuestro ideal nacional. Lo fanatiza la idea de que la obra que ha empezado a escribir su amigo será para nuestro país tan fecunda como lo fué, para crear la civilización helénica, la Ilíada de Homero, y tan exaltadora del genio nacional como la Canción de Rolando para los franceses de la Edad Media en los umbrales del Renacimiento. Su pasión se hace más fuerte que el amor sexual que lo liga a su mujer, precioso tipo de mujer porteña, y más fuerte que todo el conjunto de sus intereses personales. A esta pasión se ve obligado a sacrificar la tranquilidad de su hogar. Una de las circunstancias que exacerban y envenenan su pasión idealista es el desdén graciosamente irónico de Rosario, su esposa, por la gran obra reveladora de Lucio. Tanto Rosario como Victoria Almeyra, la novia de Lucio, realizan una tarea destructiva. Lo curioso es que ambas son interesantísimas, de un interés que se realza más y más a medida que el asunto de la novela se desenvuelve y ellas van caracterizándose con su fisonomía porteña y al mismo tiempo propia. Amaya admira grandemente a Victoria y quiere a su esposa con ese afecto sensual y al mismo tiempo de corazón. Pero llega a odiarlas y a luchar contra ellas por la obra de Lucio. Ambas están atacadas de snobismo y concurren a reuniones en cuyo ambiente aristotístico y literario ellas y otras toman actitudes y cobran aficiones en completo desacuerdo con la fina naturalidad de sus almas; artificializan su gusto. En los pasajes que a esto se refie-



ren hay una aguda crítica social, con un fondo filosófico y satírico que por sí sólo daría actualidad y valor al libro. Pero el gran daño lo realiza Victoria en cuanto Lucio, enamorado de ella en cuerpo y alma, concluye por desanimarse de una obra que ella no sabrá sentir ni apreciar, y al fin por utilizar su extraordinario talento poético fabricando para ella las exóticas joyas falsas de la "nueva sensibilidad". Amaya, en la lucha dolorosa que emprende para salvar a Lucio de estas influencias deprimentes, recurre a todos los medios posibles hasta llegar a la intriga mujeril, y hasta haciendo un papel celestinesco proporcionando a Lucio una mujer que lo distraiga de su pasión por Victoria. En esta lucha, que da a la novela una originalidad sorprendente y hace de Gustavo Amaya un personaje realmente nuevo en la literatura, alternan los pasajes amargamente cómicos con aquellos en que el diálogo o la exaltación del idealismo patriótico de Amaya le inspira palabras de belleza intensa. El triunfo de las influencias deprimentes del genio de Lucio le arranca gritos del más elocuente dolor. Pero muchos hallarán sin duda el mayor interés novelesco del libro en las escenas que se provocan en el hogar de Amaya.

Leumann parece asociar simbólicamente al caso de Lucio la tragedia moral de nuestro país, que según las palabras de Amaya no logra realizarse espiritualmente, invadido por toda suerte de sugestiones ultramarinas y por la corriente económica y materialista del mundo actual. "Nuestro interés vital — dice — está en diferenciarnos". Las influencias ajenas impiden a Lucio crear la obra genial de su espíritu, como nuestro país, ahogado por las influencias externas, no realiza él su ideal todavía oculto.

Pero cabe preguntar: ¿Tuvo Leumann esta intención nacionalista al escribir "El Empresario del Genio"? A decir verdad la idea nacionalista que se agita en el personaje central parece inherente a su psicología especialísima y asume una importancia capital en el conflicto humano que se plantea entre él y los demás personajes de la novela. La misma fuerza de vida que tienen todos ellos permite pensar que esa modalidad de Amaya tiene una significación psicológica y artística semejante al snobismo de Victoria, a la femenina habilidad sentimental de Rosario o a la exaltación amorosa de Lucio. ¿Hasta qué punto hemos de atribuir a Leumann el antieuropeísmo de Amaya que no aparece, que sepamos, en ningún otro libro ni escrito del mismo autor? La belleza y la elocuencia con que Amaya encarece el alma argentina, hasta en modalidades que siempre han sido consideradas como defectos, no es una razón para atribuir a Leumann el mismo apasionamiento. Es verdad, sin embargo, que el argentinismo de Amaya infunde una especie de soplo épico en todo el libro, caracterizándolo por encima del ambiente de alcoba y de fina sensualidad que emana de Rosario, y por encima de las escenas hilarantes que se producen en las reuniones de las mujeres snobs de nuestra aristocracia.

De todos modos el libro de Leumann vale por sí mismo, por su gran originalidad (no recuerda ningún otro libro), por todo lo que nos hace pensar y sentir y por la hermosura de su estilo.

NEOCLASISIMO Y NACIONALISMO

Especial para CRITICA MAGAZINE

por

EMILIO PETTORUTI


L nacionalismo furioso que reina hoy en Europa, ha hecho que, apelando a la tradición, surgiera nuevamente el "Neoclasicismo" vale decir: retorno al museo y al realismo fotográfico.

Todos los grandes innovadores han estudiado en los museos. Negar el pasado es negarnos a nosotros mismos. Pero los neoclásicos no van a las pinacotecas a estudiar a los maestros de todas las épocas, van a copiarlos y copian hasta la patina que les ha dado los cientos de años. Otros, los más cómodos, se valen de fotografías que, ampliándolas por uno de los tantos medios mecánicos, luego no hacen otra cosa que colorearlas. (Véase las reproducciones).

A esto le llaman retorno a la tradición y, a todo esto conduce el nacionalismo mal entendido en arte, pero, por fortuna, es un fenómeno pasajero de desorientación y arribismo.

Todos los jóvenes, y también los viejos artistas puros de hoy, siguen buscando nuevos caminos, tal cual lo hicieron los innovadores de todas las épocas de renovación.

Por otra parte, toda la confusión que reina hoy en Europa — y también entre nosotros — es explicable si se tiene en cuenta que los pintores, casi todos instintivos, son raramente capaces de razonar.

¿A dónde va la pintura?

El pintor Metzinger escribe así: "En arte, los resultados que se obtienen no coinciden nunca con los objetivos a los cuales se ha mirado, para el artista el atractivo del arte es el atractivo de lo desconocido.

Cada obra es una nueva aventura... y que alguna vez basta para cambiar toda la orientación general".

Es imposible no reconocer esta verdad absoluta de que hay innumerables fuerzas imprevistas en el desarrollo del arte, pero hay también el concurso persistente y heroico de la voluntad humana. Esta voluntad determinada y modificante está manifestada por los artistas más concientes, más activos y más optimistas; no hay duda que a esta voluntad aludía Leonardo da Vinci cuando escribió: "El pintor debe ser universal. ¡Oh pintor! sea tu variedad así infinita como los fenómenos de la Natura. Continuando lo que Dios ha empezado tú no busques acrecentar las obras de las manos de los hombres, pero sí las de las manos eternas de Dios. Tú no debes imitar a ninguno, sea cada obra tuya un nuevo fenómeno de la Natura".

Encontramos ejemplos iguales en pensadores y artistas muy distintos, Emerson escribió: "¿Por qué no gozamos de las relaciones directas con el Universo? ¿Por qué no tendremos una poesía y una filosofía de intuición y no de tradición?"

Fernand Leger dice: "El hombre vive en un orden geométrico preponderante"; Mondrin agrega: "La pintura vuélvese cada vez más abstracta", y el gran Gauguin declara: "En arte existen solamente revolucionarios y plagarios".

Si al artista le falta la originalidad natural intensificada con una voluntad tenaz de crear obras originales y aquella típica pasión por la vida de hoy y no ama lo que los hombres inventan, no podrá realizar.

Si el artista no conserva los grados de calor lírico indispensable a cada obra de arte, como a cada cuerpo vivo, es un cadáver viviente.

Solamente de las nuevas tendencias es de donde nosotros — como todos los demás países nuevos, sin tradición plástica — debemos forzosamente arrancar.

Las nuevas tendencias son las únicas que encajan en la tradición, en la verdadera tradición, si por tradición se entiende el espíritu y no la forma; lo demás es una fría copia, una receta de todo lo realizado por otras épocas, por otras civilizaciones: "Por otra vida".

Las nuevas artes son las únicas que nos han dado "algo vivo", de ellas saldrá sin duda alguna, el arte que llenará todas nuestras necesidades.

Las manifestaciones artísticas han sido siempre "Un momento dado", "Una idea", y han habido tantas ideas cuantos fueron para los pueblos los modos de comprender el amor, la religión, la moral.

Las nuevas tendencias, además tradición occidental, han asimilado las orientales, las bárbaras, las negras, etc., esto es lo que las hará más universales.

Efecto de supercultura, tradiciones estas últimas que muchas épocas ignoraron y que por eso el arte se reducía casi exclusivamente a ciertas ciudades.

Quien dice cubismo, futurismo, expresionismo, lo que podría resumirse en: arte moderno, dice arte nuestro, vale decir: intimidad, espiritualidad, color, aspiración hacia lo infinito expresado con todos los medios que poseen las artes.

Toda la juventud viva de Europa está trabajando por la nueva belleza.

¿Es posible que la mejor juventud de nuestra época esté equivocada?

LA MUJER

Suave como el murmullo de una fuente, grato como el perfume de las flores, melodioso como el canto de las aves en el bosque, grande como la inmensidad de **los abismos** infinitos, sublime como el amor divino, así es el amor de la madre.

La mujer es ser delicado, sublime, sensitivo; cuando ha llegado a la maternidad es el ser por excelencia de amor, perfección de la tierra, es el que hace la felicidad en el mundo.

La madre, aprendiendo a amar a su hijos, ama también a la humanidad.

El amor de la madre no es limitado sólo para sus hijos; el amor de la madre se ha despertado para la humanidad entera **y la mujer se hace benéfica, la mujer se hace digna siendo madre.**

El amor más puro, más grande, más sagrado, es el de la madre. ¡Bendecid, hombres que me escucháis, a vuestras madres, bendecidlas en todos los instantes de vuestra existencia, porque no sois otra cosa que el resultado puro y grandioso de la mujer, de ese amor puro y santo de la madre!

VICTOR HUGO

POR LA FERIA DEL ARTE Y LAS LETRAS



Retrato de Emilia Bertole, por Alfredo Guido

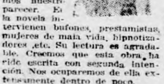
Rainer María Rilke—

Este poeta alemán acaba de morir. Ha sido unos de los líricos más extraordinarios de nuestra época. En idéntica forma que Heine, Rilke tenía mayor número de admiradores en Francia que en Alemania. Los cuadernos de Malte Laurids Brigge, llenos de emocionada y profunda observación, son, hoy por hoy, el libro cotidiano de muchos jóvenes entre nosotros. Esta obra ha recorrido el mundo y en todas partes ha llegado hasta el corazón de las almas sensibles. En sus poemas hay una mezcla de ternura humana, de elevación lírica y suavísima ironía. La admiración que los escritores franceses profesaban a este poeta alemán, está comprobada por el acento doloroso con que su desaparición ha sido comentada. "Rilke ha muerto. Como el mundo se ha quedado solo" dice Jean Casson. "Déjame morir de mi muerte; no quiero la que proporcionan los médicos", rogaba Rilke en sus últimas horas.

Que el mayor homenaje a su memoria consista en la lectura atenta de su obra palpitante de lirismo y de humanidad.

"Tirano Banderas"—

Acabamos de recibir de Madrid, impresa por Rivadaneyra, esta novela de Valle Incian. En sus trescientos sesenta y dos páginas se desarrolla un asunto político revolucionario en un país sudamericano claro está. A nosotros nos ha parecido este libro un sarcasmo afilado y enderezado como aguda flecha en contra la actual dictadura española ¡pero callamos nuestro parecer. En la novela intervienen bufones, prestamistas, mujeres de mala vida, hipnotizadores ,etc. Su lectura es agradable. Creemos que esta obra ha sido escrita con segunda intención. Nos ocuparemos de ella extensamente dentro de poco.



Exposición de la actual poesía argentina—

Pedro Juan Vignale y César Tiempo están a punto de publicar una antología de poetas argentinos aparecidos desde 1923 hasta ahora. La obra llevará el título con que acompañamos estas líneas. Esta antología que, después de todo, será lo que con más criterio se haya hecho entre nosotros, mostrará el barullo de las tendencias, las escuelas y los ismos. No obstante será un muestrario pintoresco, donde el azul claro de un Luis L. Franco contrastará con el rojo vibrante de los poemas del malogrado Riccio. Vignale y Tiempo se han puesto ante una empresa ardua y meritoria. Creemos que saldrán airosos de ella.

"La Gaceta" literaria internacional—

Desde Madrid nos llega el primer número de este quincenario. Lo dirige Giménez Caballero, haciendo de secretario Guillermo de Torre. En su comité de redacción figura lo mejor de España. La salutación vibra de optimismo y confianza en el porvenir de las letras hispano-americanas. El artículo editorial está escrito por José Ortega y Gasset; con ese modo animado y jugoso de su estilo nos muestra los inconvenientes de todo provincianismo. Deseamos a "La Gaceta" una larga vida.

Periodismo y literatura—

Se ha hablado siempre de "estilo de periodista" cuando se quería expresar el poco mérito de la obra de un escritor. Pero ha resultado a la larga que el único estilo vital y posible es él, puesto que los otros, por artificiosos son aburridos. Nada causa con mayor rapidez que el descubrir que un autor tiene la pretensión de estilo. El mejor estilo es no tener ninguno. Esto se ha demostrado con un libro recientemente publicado en Francia "Una hora de mi carrera", en que treinta periodistas han contado, cada cual a su manera, el momento más culminante de su profesión. Variado y pintoresco, el libro se lee con gusto.

"La Campana de Palo", en su número 10 organiza un simulacro de encuesta: "¿Cuál es, a su juicio, el peor libro del año?" Y de la encuesta se deduce, y eso parece querer dar a comprender el periódico, que todo el mundo, de labios afuera, dice que "Zogóibi" es la mejor obra; pero en su fuero íntimo piensa todo el mundo lo contrario. Esperamos ahora una encuesta positiva para ver qué contestan los escritores.

El premio Nabel—

Confesamos sin rubor que Olaf Dun, el escritor, nos era casi completamente desconocido. Olaf Dun ha obtenido el premio Nobel de 1926. El jurado que adjudica este premio hace cada año un descpbrimiento para todo el mundo. Tenemos un nuevo escritor de fama universal. Y algunos editores de por acá tienen otro a quien no pagan derechos de autor.

"Horizonte"—

Esta revista, que se publica en Jalapa, trae en su último número, entre otras cosas un cuento de Jack London y una crítica a "El Indice de la Nueva Poesía Americana". Como sabemos, esta revista es dirigida por German List Arzubide.

* * *

"El Encantamiento de las Sombras" es el título de un libro que acaba de publicar Rafael Alberto Arrieta. Es otro de los numerosos libros inútiles del año, escritos sin amor y sin contracción con espíritu diletante y con vistas al premio municipal. Pablo Rojas Paz, en su conferencia sobre el balance literario del año, pronunciada el pasado sábado en la Peña, hablaba de los libros que constituyen una recopilación de penosos artículos periodísticos, escritos en procura de los garbanzos inmediatos.

Acaso se refería a este libro de Arrieta sin citarlo, pues "El Encantamiento de las Sombras" es de esos libros que han aparecido ya hasta la saciedad en revistas y diarios y a los cuales el prudente lector se apresura a olvidar una vez leídos. Necesitamos libros jóvenes, másculos, verdaderamente líricos y amplios en esta República sin tradición ni pasión literaria. Los libros como el del Sr. Arrieta son un mariposeo fugaz sobre cossa domésticas, nimias. Sus ideas son penosas, elaboradas con el exfuerzo de su publicación en un diario a tanto el centímetro.

No es con prosa trasnochada de Azorín o con la monocorde guitarrita de "Platero y yo", de Juan Ramón Jiménez como pasará a la inmortalidad el Sr. Arrieta. Pero acaso, con todo, le dén un premio municipal que sería a la constancia de la fácil fecundidad. No en balde ha publicado cuatro libros el año pasado.



Libros franceses recibidos últimamente

J. Chevalier.—"Bergson".
L. Daudet.—"Le sang de la nuit".
Rosemonde Gerard. — "Souvenirs sur Marcel Proust".
Mauricio Maeterlinck.— "La vie de Termites".
Julio Supervielle. — "Le volur d'enfants".
Francisco Porché.—"La vie douloreuse de C. Beaudelaire".
C. Mauclair.—"C. Greuze et son temps".
M. Barrés.—"La folie de C. Beaudelaire".
B. Dyac.—"La féte du soleil".
M. Barrés. — "Mystére en pleine lumiére".
A. Lunel.—"Nicolo Peccavi".
E. Marsan.—"Les chambres du plaisir".

En su última sesión del año pasado el Concejo Deliberante nombró a los nuevos miembros de la comisión de Bibliotecas Municipales. Uno de ellos es el Sr. Ricardo Güiraldes quien tendrá por compañero en las sesiones, entre otros, al Sr. Ismael Bucich Escobar. Nos preguntamos, ¿qué hará el fuerte y noble escritor de vanguardia, el escandalizador literario de hace años que le dijo a la luna": "pulcro botón de canzoncillo", el autor de "Don Segundo Sombra", que, entre paréntesis ya alcanza a la cuarta edición, en la Comisión Municipal de Bibliotecas. Preveemos su rápida renuncia cuando su amplio espíritu de escritor de verdad choque con la reacción más neta y más definida que, en este caso, sería la del Sr. Bucich Escobar, famoso autor de Guías para la Ciudad de Buenos Aires y planos catastrales.

* * *

A propósito de sanciones del C. D. leemos en el "Diario de Sesiones" sus últimas deliberaciones. Desfilan los subsidios a diversos ex peones de la Municipalidad. 5.000; 3.000 y 2.000 pesos son las sumas más votadas. Está bien, los trabajadores de la comuna merecen el apoyo del Concejo Deliberante en caso de imposibilidad física para continuar en sus puestos. Pero las sumas votadas rápidamente y por unanimidad son exactamente las mismas que se destinan a estimular la producción literaria de Buenos Aires. ¿No hay una desproporción en su monto? Tres premios son insuficientes para un número cada vez más crecido de escritores y poetas que se sacrifican en toda forma para crear una literatura donde nunca la hubo. Tres premios ante una concurrencia de 80 o más escritores son pocos. Y si consideramos que apenas son de 5.000; 3.000 y 2.000 pesos los premios, pensamos que la literatura argentina, para los señores concejales, está equiparada a los servicios de un peón municipal de los Mataderos por ejemplo que se rompe una pierna en ejercicio de sus funciones.

* * *

Noticias y curiosidades

A la memoria de Nino Oxilia, la ciudad de Turin ha dedicado un busto y una lápida. La inauguración se efectuó el 16 de noviembre ppdo. y ha sido celebrada con viva y espontánea emoción. El busto colocado en el cementerio la coautor de "Adios Juventud" es obra del escultor Rubino y lleva el siguiente epígrafe:

"Hacia las estrellas del alba marcha, hecho alma, Nino Oxilia, con sus sueños y su fé. Nació en Turín el 13 de noviembre de 1889, hijo de Niello Oxilia y de Juana Bruno. Poeta, dramaturgo y periodista, llevó a la escena con Sandro Camasio en "Adios Juventud" la gracia velada de un canto matutino.

Vaticinando en sus himnos la gloria de la nueva italia cayó heroicamente combatiendo en el Monte Tomba el 18 de noviembre de 1917. Sus amigos sus admiradores, con llanto sin fin, exclaman: ¡Juventud! ¡juventud! primavera de belleza! La lápida colocada en la calle Garibaldi en la fachada de la casa donde nació Nino Oxilia, reza el siguiente epígrafe "Nino Oxilia, cantó en la vida y en el arte la gloria divina de la Juventud — y a la defensa de la patria — ofreció la poesía de su sacrificio.

Nació en esta casa el 13 de noviembre de 1889 — cayó combatiendo en el Monte Tomba el 18 de noviembre de 1917 — Turín que recuerda el nombre y la obra del poeta y soldado.



El poeta Jacobo Fijman, por Alfredo Bigatti

La novela de Francois Victor—

Es el título de una novela de Francis Carco el gran autor de "Hombre acosado" e "Inocentes". Es la biografía del divino despreocupado que fué Villón. Francis Carco, novelista de los bajos fondos parisienses, especialista en apaches y gigolettes ha reconstruido la vida de Francois Villón apache del cuatrocientos con la misma aguda inteligencia con la cual nos narra las peripecias del asesinato de la Rué Saint Denis o los celos de las varias Margots de los barrios bajos y sus amigos.

Transcribimos del último número de "Martín Fierro"

Bernardez en París. — El poeta de "Alcándara", primero en ausentarse de los colaboradores de "Martín Fierro", ya instalado en París, aparte sus visitas a las academias coreográficas nocturnas, sigue, según escribe, un cúrso de Civilización Francesa en la Sorbona, y se disponía a asistir a las clases de Paul Valery a su regreso de Berlín; mientras no ocupa su tiempo en recorrer librerías y exposiciones de arte; o se consagra a sondear la poesía en los libros recientes del abate Bremond; o sigue con el mayor interés la actividad del super-realismo. Bernárdez escribirá en breve sobre estos temas.

La poesía argentina actual. — Pedro Juan Vignale y César Tiempo, editarán a fines de febrero su "Exposición de la poesía argentina contemporánea", obra que contiene producciones, retratos y autobiografías de cuarenta poetas jóvenes, sin distinción de tendencias, inéditos o con libro publicado. Será una obra valiosa y sin duda la más inteligente autología publicada en Buenos Aires hasta la fecha.

EPITAFIO A UNA MANO DE LABRADOR

En el pentágrama del labradío
escribiste la música del trigo.
Tu condición de soles y trabajos,
predicando palabras de sudor
halló crucifixión en el arado.
La noche de tu artera repoblaste
de un universo lúcido de panes.
La amistad cotidiana de la tierra.
contagiándote toda, de tus dedos
hizo las cinco puntas de una estrella.
Crispada estás cual remansado río.
La Eternidad es tu primer domingo.

Francisco Luis Bernardes.

CIUDAD

Anuncios luminosos tironeando el cansancio.
Charras algarabías
entran a saco en la quietud del alma
Colores impetuosos.
escalan las atónitas fachadas.
De las plazas hendidas
rebosan ampliamente las distancias.
El ocaso arrasado
que se acurruca tras los arrabales
es escarnio de sombras despeñadas.
Yo atravieso las calles desalmado
y es tu recuerdo como una ascua viva
que nunca suelto
aunque me quema las manos.

Jorge L. Borges.

EL MONSTRUO

Especial para CRITICA MAGAZINE

por

ROBERTO GODOFREDO ARLT

—Pero él aguardaba, para hacerlo, estar ligeramente ebrio.

El perverso—

Posiblemente algún día me tome el trabajo de coleccionar las infamias que Cristiersen había realizado, sin nigún fin utilitario... Actos perversos que cometía acosado por una especie de fiebre obscura, como si quisiera hundirse más y más en el infierno que sus manos excavaron.

Así... se dijo que había ascsinado lentamente a su esposa... posiblemente eso fuera una habladuría; cierto es que... pero, dejemos esto...

Yo le conocí precisamente en la época en que trataba de convencer a un sacamuelas enloquecido de que debía salir a la calle y predicar una nueva religión, basada en los principios más fantásticos y absurdos.

Después lo encontré aleccionando a un herrero que tenía ínfulas de literato, un pobre muchacho amarillo y triste, a quien este canalla le decía:

—Vos tenés que escribir ¿sabés? Vos tenés toda la pasta de un Dostoiewskl. Mirate la cara a un espejo. ¿No ves que tenés una expresión genial? Parecés un león... Vos tenés que escribir...



Más tarde le vi en compañía de un escritor, que decía ser el Máximo Gorky de nuestra generación de papanatas.

Y Cristiesen, con una paciencia sin nombre, aguantaba las insolencias del otro, lo espiaba, usaba el alfiler de su malicia, para que el Gorky exhibiera su vanidad razonadora. Le escudriñaba los gestos y las palabras y las expresiones, excitaba su amor propio y su cultura de biblioteca Sempere, para oírle desbarrar. Para engatuzarlo llegó a llorar cuando el otro le leyó un drama. Luego, como quien arroja una naranja exprimida, él arrojaba lejos de sí esas cáscaras de superhombres del arrabal.

Lo dije antes: era un curioso de la perversidad, que él sentía se desenroscaba en su locura. No retrocedía ante la acción más abominable, para gustar el sabor que tenían sus emociones a medida que realizaba la acción perversa. Decíame él en una oportunidad que de esa forma su inteligencia era un testigo registrador de los escalofríos que le rayaban el corazón. Es posible eso, aunque en sustancia él mismo no dejaba de ser un taciturno, cierta variación del canalla triste. Vivía así atormentado por terrores y sueños hediondos, que le exasperaban la sensibilidad. Llegó a confesarme que sólo le regocijaba imaginarse las desgracias que le sobrevendrían a otros individuos, cuyas características psicológicas conocía. En sus cálculos obscuros hacía intervenir los logaritmos de todas las reacciones pasionales y así, combinando el egoísmo de unos con la sensualidad y la malignidad de otros, fabricaba ciertos futuros espantosos de pequeños y sórdidos. Y él decía, sonriendo con la boca torcida:

—Yo engordo con la desdicha de mis prójimos.

Nunca le conocí una amante. Sólo sé que una sola vez estuvo enamorado de una desconocida, que él llamaba Lucien, cierta cínica doliente, una extraña mezcla de sensitiva y cerebral, que casi lo enloqueció, y a quien él nombraba La Deliciosa Criatura. La Deliciosa Criatura era el único episodio noble y luminoso de su existencia. Alguna vez me ocuparé de él.

Llegó a confiarme muchas cosas, pero él aguardaba para hacerlo a estar ligeramente ebrio. Más tarde descubrí que eso era una treta, pues él quería que su actitud la atribuyera a los efectos del alcohol y no a la imperiosa necesidad de descargarse de su angustia.

Porque lo cierto es que vivía angustiado. Cuando la pena le retorcía mucho la entraña, cantaba con voz honda y cavernosa cantos vascos, que aprendiera de un lechero paralítico, que fué su compañero de cama en un hospital. Así recuerdo esta canción:

Hay unas madamitas
en ciudad de onetan
puro pelo rizado
pomada veterick
y cuando salen de pasee
orza de yotoriek

Cristiersen se mató en una noche de Navidad. Se mató mientras su nueva esposa, una niña ciega, dormía en el sofá, cansada de haber hecho un largo viaje. La escena debió ocurrir así. En tanto la ciega dormía, Cristiersen tomó una soga y la ató a un barrote de la reja que defendía la ventana del dormitorio. Luego, en puntillas, debió acercarse a la niña dormida — digo niña porque era una criatura de 16 años,— se ecercaría y apenas la besó en la frente... Luego, ya seguro, trepó a la reja, se puso el nudo corredizo en la garganta y, suavemente, se dejó caer.

El robo—

Fué antes de la muerte de mi tío — me contaba una noche Cristiersen, — De él tengo esta herencia, que muchos me envidian. Mi tío tuvo mala suerte. Estaba ampliando... era en las sierras de Córdoba, al otro lado de Cosquín, en el camino que va hacia Bialet Massé. Estaba ampliando el chalet que tenía a orillas del río. Como las reformas eran importantes, se habían apagado diez toneladas de cal. Y el pozo donde estaba la cal era tan profundo como el que se necesitaría para enterrar a un elefante. Ahora bien, ¡vaya a saber a qué hora de la noche murió mi tío! ¡Y en qué estado! Esas cosas nunca se saben. Al otro día los peones, al ir a sacar cal del pozo, lo encontraron allí adentro, hinchado como un sapo. ¡Vaya a saber! ¡Perdería pie...! ¡Todas las cosas que pueden ocurrir en una noche estrellada no han sido escritas todavía!

—Vd. estaba como criado allí... ¿no?

—Sí... algo por el estilo. Medio sirviente, medio protegido... ve — y Cristiersen, inclinando la cabeza, con la yema de los dedos aparta el cabello — ¿ve esta cicatriz? Me la hizo d e un bastonazo.

—¿Y?

—Cierto... yo quería contarle la historia de un robo que yo hice.

—Cuente.

—¿Vd. va a coleccionar mis historias?

—No divague, cuente...

—Bueno... junto al chalet, no en el Charco. ¿Vd. no sabe... vea, allá se llama charco a un canal de agua hedionda, que está a un cuarto de legua antes de llegar a Cosquín. El Charco es una calle de tierra negra, entre dos murallas de greda amarilla, algo así como un costillar taciturno de un largo de tres kilómetros. En el medio corre por un canal el agua enrojecida por los detrictus del matadero. A la orilla están los hornos de ladrillo. En los lisos paños de tierra los "cortadores" semidesnudos se mueven entre las carretillas y colocan en el suelo los panes que parecen de betún. Son los ladrillos. Y allí el sol resplandece, terrible y triste.

—¿Y?

—Sí... el sol resplandece terrible y triste. Ahora me acuerdo de La Deliciosa Criatura.

"Y sus ardientes ojos me
miran y me desean
sus ojos taciturnos como el
sol".

—Bueno, sigue...

—El canalla de mi tío tenía en el Charco una lonja de tierra... y allí, claro, con su permiso y para que no le robaran la tierra negra, vivía un viejo, de cien años, que había estado en la guerra del Paraguay.

Lo llamaban el Riojano. Temblaba todo al caminar. Estaba flaco, achicharrado por el tiempo, la cara rugosa como corteza de sauce, pero sus ojos, limpios como una lámina de acero celeste, tenían una formidable expresión de malignidad. Usaba bastón y caminaba encorvadísimo. De pronto Vd. lo hablaba, y en esa cara obscura, que súbitamente se levantaba, esos ojos celestes, claros y terribles, infundían una especie de sobrecogimiento... Miedo no sé a qué...

En el terreno frontero había otro rancho. En él vivía la Nicolasa, que tenía dos hijos. La gente afirmaba que el mayor era hijo del Riojano. Posible es que lo fuera, porque el otro lo odiaba al viejo con un rencor tramposo. Era un muchachón de veinte años, gordo, achocolatado, con una sonrisa negligente en su "jeta" picada por las viruelas.

El fué quien le robó al Riojano una escopeta, después un apero completo, más tarde tres chapas de cinc del techo; él le robó a su padre y por instigación de la Nicolasa, el sable, la cartuchera, unos soles de plata, y como si quisieran hacerle de la vida un tormento insoportable, le hurtaron la yerba, el azúcar, el café... le robaron hasta la bombilla... y el viejo terrible no decía una palabra... nunca decía una palabra...

A veces, Basilio me acompañaba al rancho del guerrero antiguo.

El hombre solía estar sentado en el borde de un cajón, las rodillas juntas, las manos toscas como raíces abandonadas sobre el pantalón azul, el ala del sombrero sobre la frente, los rulos de pelo blanco enzarzados en las orejas.

Los párpados se levantaban sobre sus pupilas celestes; lo veía el monstruo de su hijo y agachaba la cabeza.

Basilio le preguntaba socarrón:

—¿Cómo le va iendo, viejo...? ¿Lindo porque ha iovido?

El Riojano no respondía

Las pupilas amarillas de Basilio escudriñaban todos los rincones.

El Riojano le observaba con el rabillo del ojo... y por fin preguntaba:

—¿Y cómo está tu madre?

—Agora va venir... no tie un poco e azúcar... que me emprieste...

—Vaya a saber... ¿¡perdería el pié!?

Otra vez el Riojano lo miraba azorado, pero no decía nada...

Dormía en un catre, sobre un colchón de bolsas. A la mañana, junto al muro de adobes encalados, se le podía encontrar deshelándose al sol, medio cuerpo envuelto en una manta agujereada, cuyas puntas caían a lo largo de sus muslos... El sombrero cónico y mugriento, echado sobre la frente, las raíces de los brazos inmóviles, sobre las piernas. A veces, las hormigas subían hasta sus uñas; entonces él movía lentamente la mano, luego... se quedaba otra vez inmóvil... y la sombra de las grandes ramas se movía en su semblante... Me acuerdo.

Había ya comenzado el invierno.

Una mañana, cuando yo llegué, Basilio estaba cebándole mate al viejo. Y le hablaba deferente:

—La chicuelona de la Emiliana está empreñada...

—Dicen que van a seguir con el puente...

Mas en cuanto Basilio me vió, dejando su banco, me dijo:

—Vd. va a tomar mate con peperina ¿no?... ¿Quiere venir, don Demetrio? Aiá hay peperina y menta.

Efectivamente, siempre me gustó el mate tenido con sabor de menta... mas en ese momento comprendí que no se trataba de la menta... y un sobresalto dulcísimo me hipnotizó. En las pupilas de Basilio yo veía una impaciencia terrible.. contenida... ansiosa... Sonriendo lo seguí. Me gustaron siempre los monstruos y los canallas... Ya tras el rancho, Basilio me explicó. Había pasado esa mañana junto a la puerta del rancho del Riojano, en el preciso momento en que éste, con sobresaltado ademán, al escuchar pasos, dejaba caer el colchón sobre algo que no había acertado a ver con precisión, pero la inquietud del viejo era tan evidente que, sin duda alguna, algo bueno debía ocultar allí...

Otra vez sonreí... luego, despacio, le dije:

Sos un maula... ¿por qué le rompistes la cabeza?

Se colocó el nudo corredizo en la garganta y, ligeramente, se dejó caer

—Es cierto... no se me había ocurrido...

¡Gran Dios, qué cosa vil es el hombre...!

—"¡No... se me había ocurrido!"

—Bueno — le dije — junta la peperina. Sos un atorrante, que ni para ladrón sirve.

Volvímosnos. Yo escuchaba el seguro latido de mi corazón. Ya cerca, lo tomé de un brazo al monstruo y le dije:

—Pero ¿por qué no lo mataste?

Basilio me miró a los ojos.. pero con la expresión estúpida de un hombre asombrado de que no se le ocurriera una idea tan sencilla, y nuevamente, ya casi fastidiado, me contestó:

Pero... e cierto... si no se me había ocurrido... ¿Lo matamo agora?

Nunca me reí tan a gusto. Indudablemente no ha sido Dios el que ha creado al hombre. Luego, recobré mi seriedad, y, en seco, le contesté:

—No... yo voy a arreglar el asunto, dejá...

Cuando llegamos adonde estaba el Riojano, yo le dije:

—Oiga... voy a buscar un cajón...

Y sin esperar a que el viejo me contestara, entré en el rancho.

Adentro había un insoportable olor a caballo muerto. Levanté el colchón. Sobre la lona se encontraba una libreta. La abrí. Entre sus ojas se encontraba un billete de cien pesos, y un papel moneda del tiempo del general Mitre.

Eché el dinero al bolsillo y salí.

Esa tarde, Basilio y yo nos partimos el dinero.

....

Después de tres días volví. Cuando me acerqué al rancho el Riojano levantó los ojos. Sus pupilas celestes se detuvieron implacables en las mías. Yo comprendí que él sabía que era yo el que le había robado el único dinero que tenía para sustentar su vida en el último invierno que le castigaba con el frío y la crueldad de los hombres. Yo comprendí eso... y me senté a su lado. El Riojano no dijo nada. Sólo me miró... y entonces yo, sonriendo, le dije:

—¿Qué le pasa, viejo?

Y él no me dijo nada... Sólo me miró...



NUESTRO HOMENAJE A CLAUDIO MONET

La Luz Fué la Heroína de los Cuadros del Impresionismo

En 1863. Monet expuso en el salón de los rechazados un cuadro representando una puesta de sol con el siguiente título: "Impresión". Era el primer avance hacia el descubrimiento trascendental: "la luz transforma los objetos". Dos españoles lo supieron antes que los franceses: Velázquez y Goya. Courbet y Monet habrían de dar el primer paso. Y el escándalo que los timoratos originan ante toda novedad se produjo. De aquí saldrían dos grandes adquisiciones de la pintura moderna: el aire libre y el impresionismo. En un afán de traer el arte a su pureza esencial. Monet, Pissarro, Sisley, Cezanne, etc. El impresionismo ha sido la realidad material vencida por la luz.

¡Qué lejos estamos de "la sombra dorada de los parques de Watteau" y de "los grupos que, bajo los temblores del raso, hablaban de amor", como diría Anatole France!

Monet, el trabajador infatigable, fué el que dió la nota más alta en este afán de conquistas. Monet con Pissarro fué a Londres en 1870, experimentando la influencia de los artistas ingleses; pero, sobre todo, la de Turner, muerto veinte años antes y cuyas obras son ya "impresionistas". Eran épocas de luchas arduas para conquistar la luz. Y en esta empresa Monet trabajó infatigablemente.

En una carta a Geoffroy —octubre 1890— Monet dice: "trabajo mucho, me obstino en una serie de efectos diferentes (parvas) pero en esta época el sol declina tan rápidamente, que no puedo seguirlo"... "es preciso trabajar mucho para llegar a lo que busco: la "instantaneidad", sobre todo la "envoltura", la misma luz esparcida en todo".

Que un rayo de luz se detenga para siempre sobre la tumba de quien buscó la luz por todas partes.





Como homenaje al pintor desaparecido, reproducimos en esta página cuatro de sus últimos cuadros. El primero representa la ribera de Vetheuil. El segundo, es una vista del jardín de la residencia de Monet, en Giveny, pintado por el mismo; el tercero, otro admirable paisaje de la ribera, y el último, otra vista del jardín de la casa del gran pintor.

UNA CRONICA PASATISTA DEL TURF

DE LA VIEJA Y LA NUEVA GENERACION

por

CARLOS C. DEDICO

EL 30 de agosto de 1906, vale decir, que han transcurrido 20 años largos, Old Man, el más grande de los caballos que ha producido el "elevage" argentino, realizaba su última presentación pública en las pistas del Hipódromo Argentino, donde tantas y resonantes victorias obtuviera en tres campañas memorables y donde una sola vez por razones que no es del caso relatar, ya que son demasiado conocidas, fue ra vencido por Padilla, meritísimo y digno caballo también, pero incapacitado para batir al descendiente de Orbit en buena lid.

Si grande fué el espectáculo que deparó a los aficionados a las luchas hípicas aquel memorable match de Botafogo y Grey Fox, a los viejos turfistas, a los que habíamos tenido oportunidad de presenciar, no digamos el famoso encuentro entre Old Man y Pelayo, ni la victoria del mismo Pelayo derribando de su pedestal de invicto a Melgarejo, ni las hazañas de Sibila, Espirita y Mouchette, sino otras carreras comunes, no nos produjo nada más que aquella emoción propia de un ambiente extraordinario formado por la mayor cantidad de público que haya asistido a Palermo y la sensación, también emotiva, de la rehabilitación del "crack" que con ese match reconquistaba su título, conseguido mediante los grandes valores de su clase.

He traído a colación, estos hechos producidos en nuestro turf desde la época de Old Man hasta nuestros días, con el propósito de demostrar que en materia de carreras, no estamos en condiciones de opinar favorablemente al referirnos a las cosas del momento. El turf ha hecho las del cangrejo: su retroceso es evidente y claro como la luz meridiana. Sólo lo niegan los que siendo carreristas de la "nueva sensibilidad", desconocen en absoluto hasta los hechos más insignificantes de la historia del turf nacional.

Así, como en la época de oro teníamos en el turf argentinos figuras destacadísimas de todo orden, ya fueran caballerizas, entraineurs, jockeys y campeones, hoy, este mismo turf, puede decirse que ha quedado reducido a tres "personalidades": Naciano Moreno, Ireneo Leguisamo y Macon. Y si hemos de referirnos a caballerizas, es triste tener que declarar que, aparte de la muy encomiable y destacada figuración de los simpáticos colores del stud Don Alfonso, las demás grandes "ecuries" han sufrido un eclipse casi total, permaneciendo en una inactividad que no alcanzo a explicármela, por más que aguzo el ingenio.

Veamos las caballerizas del tiempo viejo—

El stud Los Cardos, la caballeriza del célebre Irigoyen y del inolvidable Valero, ¿qué se ha hecho, por más que sus propietarios aun viven y practican en carácter de "eleveurs" la afición al turf?

¿Dónde está el Escocés, aquel grande y prestigioso stud que albergó en los principios del siglo presente a Pippermint, Roderik-Duc, Cotopaxi, Macbec, y otros muchos, pero muchísimos campeones de relieve que escapan a la memoria claudicante del aficionado?

¿Y la Petite Ecurie, es acaso hoy sombra pálida de la legendaria caballeriza cuya chaqueta defendiera honrosamente y con la pujanza y el valor de un león, ese formidable campeón que se llamó Old Man? ¿Qué parecido tiene la Petite de hoy con la de San Jorge, Espirita, Elcano, Espuma y Pipiolo?

Busco al Don Gonzalo de Cordon Rouge, Partícula, Monnet-Sully, Américo, Floreal, Index, Barsac y otras glorias inolvidables y que serán tradición eterna en nuestro turf. ¡Y no lo encuentro! ¿Qué se ha hecho la clásica chaquetilla granate y aquella gorra verde que imponían respeto y admiración a las multitudes palermitanas con Enérgica y Saint Emilion?

El Lagrange, cuyos colores naranja y violeta triunfaron cinco veces en una sola reunión llevados al disco de la victoria por Pelayo, Lagrange, Acero, Manzanares y Rataplán. Ese mismo Lagrange que albergó en sus boxes a Breva, Picadilly y Orinoco, también ha desaparecido dejando solamente el recuerdo de sus grandes y luminosas victorias.

Y el Natilus, con sus campeones inolvidables, con Druid, el potrillo de fierro, Etolo el stayer, Ají el galopador incansable, Aventurero, Fiscal y Fama, no es también una gloria que se ha extinguido?

¿Qué queda del formidable Iceache, de Sibila, Mustafá, Melik y Last Reason?

Solamente un girón de su chaquetilla blanca y verde reaparece en las pistas a intervalos defendida por Ramuntcho o Muchas Glorias ¡qué ironía! para que los aficionados de la guardia vieja añoremos las gestas bravas y gloriosas de Sibila venciendo en la internacional mejor dotada de Palermo o de As de Espada, ganando en un "canter" el Derby de Palermo.

Y el glorioso Alvear Diego, con Charming, Aldeana, Gin, Charley, Digital, Cad, Beaufort, Su Majestad y Botafogo el Grande, es acaso esa misma ecurie cuya reaparición en las pistas ocurrió recientemente con La Princesita?

¿Se puede comparar el actual José Benjamín Zubiaurre malgré todas las buenas intenciones de su propietario con aquel otro de los pretéritos tiempos que defendían Porteño, Malakoff, Buenos Aires, Porteña, Primero, Chisme, Ituzaingó y Ajó? Y el "Jockey" de Melgarejo, Primera Tiple, Minuit, Tímido y Old Chap no fué también un gran stud?

¿Qué ha quedado del Montiel, Triunfador, de Amsterdam, Ercila, Dibonne, Sea Serf, Clamor y Tiépolo?

Los Rosales de La Natita, Canora, Fair Play, y Omega no es un monumento visto en la comparación con el de hoy?

cien hijos más de Sargento que llevaban año tras año a las pis-

¿El Prisionero, de Day, y de 100 hijos de Sargento que llevaban a las pistas la representación de un haras prestigioso, tiene muchos que se le parezcan en la actualidad?

¿Y el stud La Confianza?... Ese stud de Porrazo y Pimiento, cuya corrección de procederes respondía literalmente al nombre que lo distinguía, cuenta hoy con muchos imitadores?

Aquel simpático stud Belgrano de Orán, Cuba, Emilunga, Orador y cien campeones más que hacían flamear y brillar bien alto el pendón de la casa, domingo tras domingo, en Palermo y jueves tras jueves en el tradicional Hipódromo Nacional, no ha desaparecido también, arrasada por ese vendaval que del turf argentino ha hecho un antro de intereses creados y donde más que la afición, sinceramente sentida, impera la ambición del lucro?

La época del sifonazo—

Hoy, en cambio, tenemos muchas caballerizas, caballerizas que son pequeños boliches, caballerizas bólidos, que cruzan ligeramente el firmamento del turf y desaparecen "spurlus-verzent" y sin dejar el más leve, pero levísimo recuerdo de su paso por las pistas. La espectabilidad de cada una de las caballerizas importantes del tiempo viejo, imponía respeto y confianza a los aficionados, porque eran cosas estables y porque estaban garantidas con el buen nombre y antecedentes de sus propietarios y con el prestigio, también, que les daba la regularidad de desempeño de sus defensores. Hoy, en cambio —hay que decirlo con toda la voz que se tiene— se va a Palermo como se va a una timba de vulgares asaltantes, con el espíritu empapado de una predisposición absoluta para todo lo que sea malo. El "tongo", el "acomodo" la "echada para atrás", la "compra del jockey" por el redoblonero y un sinnúmero más de sandeces y pavadas, es lo que se escucha en ese recinto donde las iras públicas estallan tan a menudo. Vivimos la época del sifonazo...

Los studs que se distinguen ahora, por la calidad de campeones que poseen, son tan raros que para contarlos bastan y sobran los dedos de una sola mano. Hay una instabilidad tan grande, tan marcada en el asunto de caballerizas de arraigo, que exceptuando al Don Alfonso, cuya mención ya hice al principio, las demás que tienen pretensiones de ser grandes, brillan un momento, tienen el chispazo de la oportunidad y desaparecen, sin que este asunto que lo interpreto como de capital importancia para el relieve y trascendencia de nuestro turf, parezca tener solución. Aquellas mismas grandes "ecuries" de un momento, que lograron hacerse de renombre inolvidable, como la Hileret E., no aparecen ahora a pesar de todo lo que se diga con respecto al engrandecimiento de nuestro turf, cosa de que se envanecen los aficionados de la "nueva sensibilidad". Y las mismas caballerizas antiguas que existen en la actualidad, han caído en "desuso", víctimas no sabemos de qué mal desquiciador que las ha llevado a situaciones de míseras partiquinas en ese escenario donde fueron estrellas de primera magnitud.

Un solo trompo para muchos niños—

Naciano Moreno es el rey de los entraineurs. Soy el primero que reconoce las brillantes aptitudes y cualidades que adornan al "mago" del entrenamiento palermitano. Pero, no he de llevar mis entusiasmos al punto de consagrarlo a Naciano Moreno como al mejor de los mejores cuidadores que hayan existido en nuestro turf. Me precio de conocer al dedillo y en forma completamente amplia, lo que es la vida íntima del turf: sé lo que son las interioridades de un stud; entiendo algo, porque a fuerza de verlo con mis propios ojos lo aprendí, de lo que es el training del "pur-sang". He tratado con entraineurs, de cerca y sé cómo piensan y proceden en sus actividades. Creo, pues, que al vertir una opinión, ella, además de ser sincera, puesto que en estos momentos estoy absolutamente desvinculado del turf, llevará el sello de autoridad que le imprime el conocimiento exacto y verdadero de lo que llamaré "técnica" turfista.

Naciano Moreno, repito que es un gran cuidador. Pero, Naciano Moreno, a pesar de todas sus resonantes victorias y campañas sostenidísimas en temporadas consecutivas, no es más ni mejor, en mi concepto, que lo que fueron Eduardo Elnen, Lauro de los Santos, Pío Jaen, José Betancour, Felipe Vizcay, Juan Torterolo, Rufino Coll, Rosendo Aquino y otros muchos que no hay por qué recordarlos y que tuvieron su momento de popularidad y de prestigio bien ganado, en el 1|4 de hora que cada hombre tiene en su vida. La técnica el sistema y todas esas cosas que se le atribuyen al "mago" de Palermo, en realidad, no pasan de ser una leyenda inventada por la mente calenturienta de los aficionados que ven los hechos desde lejos o por la pituitaria desarrollada de los olfaturistas y adulones que van siempre tras el éxito del momento. ¡Ojalá la suerte que acompaña a Naciano Moreno, que también la tiene en buena cantidad además de su sapiencia, no lo abandone nunca, porque ya veríamos entonces cómo se iba a producir el gran trastrocamiento de sus valores y de su engrandecimiento que tiene hoy que se sienta en el pináculo de la gloria, lo convertirían en objeto del vilipendio y las críticas más acerbas porque el turf es el sitio donde más fácilmente se escalan las alturas, pero, también es el lugar donde, con mayor facilidad, a los ídolos se les convierte en polvo!

Finales espectaculares premeditados—

Hablemos un poquito de Ireneo Leguisamo, el jockey "saltino" que con tanto éxito viene actuando en nuestro primer hipódromo. Si Naciano Moreno es un gran entraineur, innegable resulta que Leguisamo es un magnífico jockey. Tiene aptitudes suficientes. Lo prueba el hecho de que en pocos años ha sabido colocarse a la cabeza del núcleo de jockeys actuantes en Palermo. No obstante esto, Leguisamo, por más que así lo quieran los carreristas de la "nueva sensibilidad", manejando riendas, no es el inventor del movimiento continuo, ni nos va a epatar a los viejos aficionados con sus finales espectaculares y premeditados, donde muchas veces, —¡pero muchas!— en carreras que debe ganarlas fácilmente, lo vemos llegar, "sobrando" al contrario, apenas a una cabeza. Leguisamo es el aprovechado del mal momento de crisis que se pasa en Palermo en lo que a buenos jockeys se refiere. No hemos de pensar como lo aseguran muchos que Leguisamo aun puesto a la vera de Domingo Torterolo, quince años atrás, David Englander, Daniel Cardoso, Arturo y Alberto Irusta, Francisco Arcuri, Manuel Lema, Luis Laborde y Alfredo Navarro, hubiera hecho la hazañosa campaña que viene realizando ahora. Tampoco creemos que en los tiempos de Fernando Pérez, Isabelino Díaz, Ramón Sánchez, Tomás Conde, Antonio Díaz, Juan Sarthour, Santiago Urrutia, Vicente Fernández y Moisés Peñalosa, el "pulpo", que tanto admira a los aficionados de hoy, hubiera logrado la mitad nada más, de la popularidad y prestigio que disfruta.



Macón, que veinte años después de Old Man, constituye, con Pippermint, Botafogo, Rico y aquél, el quinteto más formidable de campeones producidos por el ele vage nacional

Old Man, la manifestación más elocuente de la grandeza del turf argentino

- LAS CARRERAS DE VALLAS -

Consejos a los atletas novicios para que puedan comenzar su práctica y obtener éxito en las mismas.

Por ENRIQUE S. ORIANE

Especial para "Crítica Magazine"



HAY varias especialidades atléticas que siempre se han caracterizado, ateniéndose a lo que se suele ver en las pruebas de nuestros concursos, por el reducido número de sus cultores, los cuales fuera de los ya consagrados adolecen de incorrecciones técnicas demasiado ostensibles.

Las carreras de obstáculos se encuentran comprendidas en el núcleo a que me refiero. Voy pues a tratar con la claridad posible, la forma más adecuada para lograr el buen rendimiento de los atletas que se inician contribuyendo así en la medida de lo posible a que el número de los especialistas vaya en aumento, no solo en cantidad sino en calidad y eficacia.

Antes que la preparación en sí, es imprescindible un adiestramiento complementario a base de movimientos gimnásticos siempre relacionados con la naturaleza de la prueba en que se va a participar, y destinados a adquirir la soltura muscular indispensable para realizar el rendimiento máximo con el esfuerzo mínimo.

Los ejercicios complementarios—

Es muy cierto que el corredor de vallas, contrariamente a lo que sucede con el "sprinter" debe tener una estructura particular de cuerpo para aspirar a descollar.

Pero no es menos verídico que sin poseer una estatura respetable, puedan obtenerse resultados eficacísimos ajustándose a la práctica de la cultura física adecuada.

Los mejores especialistas del mundo en carreras de vallas han aconsejado a los que piensan dedicarse a las mismas una serie de ejercicios para lograr la agilidad indispensable para estas pruebas. Estos ejercicios llevados a una complicación extrema en algunos casos pueden reducirse a dos, que reunen y satisfacen las exigencias de la especialidad. El primero indicado en el grabado No. 1 consiste en apoyar sobre el obstáculo la punta del pie del miembro inferior que va a abordarlo y colocando a una distancia prudencial la otra pierna, ejecutar un movimiento de acercamiento del busto hacia el muslo extendido, preocupándose igualmente de la acción de los brazos.

Su finalidad como podrá deducirse es abordar el obstáculo con la pierna anterior completamente extendida y el busto inclinado todo lo posible sobre la misma para que la primera faz del salto sea no sólo precisa sino eficaz.

Pasando al segundo ejercicio (grabado 2) que tiene por objeto conseguir una velocidad máxima en el movimiento a efectuar por la pierna posterior, puede tomarse como referencia un obstáculo común y colocando el primer pie algo delante del mimo, pasar rozando con el miembro restante, tratando de que la caída a la pista se realice lo más cerca posible de la valla.

El brazo derecho irá proyectado con violencia hacia atrás, para facilitar el impulso de la pierna hacia adelante.

Ambos ejercicios pueden ejecutarse de 10 a 15 veces en cada sesión de entrenamiento.

Ahora bien el resto de los trabajos complementarios, pueden dejarse librados al juicio de los mismos aficionados. Todos los que tiendan a aumentar la capacidad del atleta, contribuyendo a una mayor soltura general serán dignos de poderse ejecutar siguiendo como es natural el consejo de los que los sostienen y que como dejamos dicho son múltiples y variados.

Luego vendrá la aplicación del estilo al franquear las vallas. Tratándose de las empleadas para la carrera de 110 metros (1.06 de altura) debe preocuparse preferentemente por evitar el salto de altura. Colocando el primer obstáculo a la distancia reglamentaria de la partida habrá que llegar hasta el mismo sin dilación, elevando rectamente la pierna anterior mientras la posterior al abandonar el suelo va girando hasta colocarse en ángulo casi recto con el cuerpo, tratando de que la rodilla pase rozando la valla.

El entrenamiento en sí para las carreras de vallas—

El busto deberá inclinarse sobre el muslo de la pierna anterior, ayudado en su equilibrio por el aporte de los miembros superiores. Esta misma pierna se hará llegar a tierra lo antes posible para evitar la tendencia a efectuar el salto en forma exagerada, perdiendo velocidad en el transcurso de la prueba.

Consiguiendo el dominio indispensable para pasarlas velozmente habrá que interesarse por practicar sobre 3 o más obstáculos la carrera intermedia a realizar entre los mismos. Generalmente los atletas efectúan 3 pasos entre cada valla para los 110 metros, pero no quiere esto decir que no pueda llegarse a un buen resultado aumentando el número de "foulées", naturalmente tratando de llegar siempre con toda seguridad a trasponer el próximo obstáculo.

En cuanto al entrenamiento para las vallas bajas en la carrera de 400 metros, la principal diferencia estriba en la forma de saltarlas. Sólo cambia el de la pierna posterior suplantando el movimiento lateral por una mayor velocidad para llegar a tierra nuevamente.

El secreto de esta especialidad consiste en establecer el recorrido pasando las vallas sin alterar el paso que se imprime a la carrera.

No hay duda que los atletas de apreciable estatura pueden cumplir perfectamente con este requisito una vez que hayan coordinado el paso con el salto y la acción complementaria de los brazos.

Thompson, entre los nuestros, ha logrado adquirir un estilo que llama justamente la atención de los entendidos. Durante los 6 o 7 primeros obstáculos su eficacia es mayor, y el brillo de su desempeño le permite alejarse de todos sus rivales con facilidad estupenda.

Es que parece que al aproximarse a la valla alargara simplemente el paso, tal es la velocidad de sus movimientos sobre la misma, y, sin esfuerzo, en forma notable, continúa su acción imponente.

Los 110 metros exigen, además del trabajo indicado sobre las vallas, un training semejante al de las carreras de corta distancia, a base de partidas y ejercicios a tres cuartos de velocidad sobre 150 y 200 metros, mientras los 400 requieren la práctica de algunos galopes sobre 800 a 1000 metros alternando con recorridos frecuentes en distancias cortas y trabajos sobre virajes.



- JORGELINA

(Continuacin de la página 5)

prendieron frente a la puerta de su casa.

Estaba saturado de fe por la nobleza, la fidelidad, el honor de Jorgelina y la certeza de su honor incólume despejó su cerebro y llegó así, instintivamente, al domicilio de Germaine. Deseaba satisfacer el pedido de dinero que ésta le hiciera y ahogar en el frenesí de sus abrazos aquellos minutos de terrible incertidumbre.

Regresó de madrugada. Jorgelina habíase dormido leyendo una novela que yacía al pie de la cama. Levantó Carlos el volumen y comenzó a examinarlo, detenidamente.

Halló en varias páginas escritos los nombres de Jorgelina y de Beatriz y al costado de algunas de ellas, casi oculto en el lomo del libro, una R. pequeña.

Cotejó los rasgos de ambos escritos y comprobó que la misma mano los había hecho.

Vaciló un instante y luego se sintió arrastrado por una ola de sospechas. Aquellos rasgos eran masculinos... la R. quería significar Roberto y el nombre de Beatriz, escrito también por él, estaba allí para despistar.

Ya no pudo conciliar el sueño. Propúsose y deshechó infinidad de planes para sorprender la evidente infedilidad de Jorgelina. Ninguno le parecía suficientemente seguro. Todos pecaban de algún detalle capaz de invalidar en absoluto la grave, necesaria investigación.

Después de varias horas de torturas ocurrióselc un plan sencillísimo e infalible. Haría llegar un telegrama de Montevideo de donde le llamaran para el sábado próximo con objeto de formalizar una importante operación, de la cual había hablado Carlos vagamente en cierta oportunidad que necesitó fingir un viaje a la otra orilla.

Como el telegrama le llegaría el jueves y él debería embarcarse el viernes por la noche, tendría así amplia oportunidad para sorprender los detalles con que Jorgelina habría de denunciarse.

El día indicado fraguó el telegrama. Desarrolló frente a su esposa la trama urdida con tanto ingenio que Jorgelina la aceptó sin prevención, convencida de que la vieja farsa de sus asuntos comerciales encubría, otra vez, alguna impostergable cita amorosa.

Carlos aparentó la misma indiferencia de otras oportunidades para los preparativos del viaje. No quería despertar la menor sospecha en el ánimo de Jorgelina, deseando infundirle igual seguridad con referencia al día de su regreso. Y como él jamás había anticipado su retorno, y como en la emergencia el viajo parecía obedecer a los móviles sospechosos de siempre, Jorgelina, ni por asomo, imaginó en aquello una celada.

Carlos se levantó en la mañana del viernes un poco más tarde que de costumbre. Momentos antes de hacerlo pudo observar que Jorgelina, creyéndolo dormido, retiraba sigilosamente el aparato telefónico de la mesita de luz y pasando a la habitación contigua cerraba la puerta de comunicación.

Hubiera deseado levantarse y abrir violentamente la puerta, seguro de sorprender a Jorgelina en su falta, pero no quiso exponer el plan a un fracaso, tal vez definitivo. Esperaría.

Satisfaciendo un compromiso contraído con unos amigos, cenaría en el centro para desde allí dirigirse a bordo.

Se despidió de Jorgelina con inusitada efusión y sintió que el último adiós, quizá, le anudaba la garganta. Al volverse para tomar la valija, dos lágrimas —más fuertes que su entereza y que su honor, que dolíase herido— rodaron por sus mejillas. Y salió.

Era ya pasada la una de la madrugada. La puerta de calle giró suavemente sobre sus gozmes ,ignorando cómo se complicaba con aquella deferencia.

Una persona entró. Y al poner el pie en el primer escalón de los cuatro que había en el zaguán, el miedo cerval de la verdad lo dejó inmóvil un instante... pero siguió avanzando y traspuso la cancel.

Ya en el vestíbulo el reflejo de una noche clara, contrastando con la suya tenebrosa y eterna, facilitóle el tránsito.

Pero no era luz lo que quería. Hubiera deseado sombras, toda la sombra del crimen para anonadarse allí mismo en sus abismos.



Mas siguió avanzando; abrió otra puerta... la última cerrada sobre el lugar del "delito" y disparó, como un autómata, dos balazos.

Un grito agudo oyóse casi simultáneamente con la detonación; una sombra huyó fugazmente hacia las piezas interiores y Jorgelina caía exánime sobre las albas sábanas que al empurpurárse con su sangre semejábania un apóstol dormido sobre el rojo trapo de las redenciones.

(Final del cuento)

EL HUMORISMO EN TODO EL MUNDO



—¿Es cierto que cuando murió su marido, usted dejó de tocar el piano?
—No. Seguí tocándolo, pero sólo en las teclas negras. (De "Buen Humor").



—¡Buen encontrazo! ¡Así aprenderá a mirar por donde va! (De "Gaiety", de Londres)

DELICIAS DE LA VIDA CONYUGAL



LA MADRE. — (al padre, sudoroso y fatigado, que trata en vano de que sus hijos le dejen en paz). — Basilio, me parece que estás cansando demasiado a los niños.

(De "The Humorist", de Londres).



EL ESPOSO. — Son ya las nueve pasadas. Vamos a llegar tarde, como de costumbre.
ELLA. — No te impacientes y no me molestes. Hace media hora que te estoy diciendo que en dos minutos estaré lista.
(De C. Dana Gibson).



LA SEÑORA (a la sirvienta que desea entrar en la casa). — Me parece que no tiene usted bastante práctica del servicio.
LA SIRVIENTA. — ¡Señora! ¡Sólo hay en la ciudad una docena de casas en que no haya servido!
(De 'The Humorist', de Londres)



—El médico que me ha curado la pierna que me rompí cuando robamos la joyería me ha cobrado diez libras esterlinas.
—¡Qué ladrón!
(De 'Passing Show', de Londres).

UN VOTO QUE PARECE INUTIL



—¡Bueno...! ¡Si salgo de esta, al primero que me diga que la tierra es redonda lo rompo!



ASTROS DEL CIELO CINEMATOGRAFICO, por Bravo

Lew Cody
Bebe Daniels
May Mac Avoy
Alma Rubens
Pola Negri
Jacqueline Logan
Conrad Nagel
Wesley Barry

FI GURAS MISTERIOSAS DE L AMBIENTE PORTEÑO

A Base de "Pizzicata", Salitas Reservadas, "Creaciónes Parisinas" Importadas de Barracas y un Extraordinario Sentido de la Reserva, Madame X ve Crecer su Fama y sus Depósitos Bancarios

La "Maison X — Robes et Manteaux", tiene más ramificaciones que un Ministerio de Estado, y su propietaria es una verdadera potencia en el mundo de los negocios turbios de Buenos Aires

Todo un mundo de individuos logra pingües rentas mensuales gracias a Madame X, quien, a pesar de todo, no deja de ir haciendo depósito tras depósito en sus abultadas cuentas bancarias

UN NEGOCIO DE DOBLE FONDO

En pleno barrio aristocrático, pared de por medio con una mansión famosa, se levanta un edificio minúsculo, de un solo piso y frente cuidadosamente pintado. Pendiente del balcón principal — a través de cuyas cortinas se observa una semiobscuridad coloreada de rosa — una chapa de vidrio con letras de oro anuncia que aquélla es la famosa "Maison X, Robes et Manteaux" propiedad de la no menos famosa Madame X, figura típica de nuestro medio porteño, que vale la pena de exponer, pues es la regente de un negocio que tiene más ramificaciones que un Ministerio de Estado, y de perder el extraordinario sentido de la reserva de que está dotada, produciría algo equivalente a una verdadera revolución social.

Madame X cuenta a la sazón cincuenta años. Nadie, empero, atribuiría más de cuarenta a su belleza madura, coronada por una aureola de cabellos rubios, que, como su francés, sus modales suaves y su nacionalidad, son falso. Nació en Barracas y figura en los anales de la policía con un nombre asaz castizo que encabeza un prontuario digno de la personalidad que le sirve de protagonista: importa de Barracas, el barrio inolvidable en sus afectos, "creaciones parisinas" que lucen nuestras elegantes, "pichicata" que le traen sus agentes contrabandistas de El Tigre y sirve para estropearles las narices y la escasa inteligencia a los "niños bien", y chicas de 18 años, que, por obra y gracia de las salitas reservadas de Madame X, pasan de la categoría de costureras de barrio a la de milongas de cabaret, a través del consabido proceso seudo amoroso.

La misma, eterna historia—

Madame X, ya lo hemos dicho, nació en Barracas, en la promiscuosidad de un conventillo de italianos. Hasta los 12 años fué a la escuela del Estado, y más tarde a un taller de costura, a través de cuyas vidrieras sucias vió pasar gentes y años, en un tropel monótono e inacabable, hasta los 18. Entonces, apareció "él": joven, apuesto y de maneras convincentes, comenzó por conquistar su afecto y terminó por venderla a un grupo de tratantes de blancas en la suma de dos mil pesos. Madame X cambió, pues, de barrio y de horas; y durante cinco años, ejerció el más vergonzoso de los comercios en una callejuela del Once, bajo el látigo de sus "dueños". Fué allí que de las cenizas de la chica de Barracas nació la Madame X que todos conocemos, y que, poniendo en juego su inteligencia práctica, no tardó en comprarse a sí misma en la suma de diez mil pesos, ahorrados quién sabe cómo ni dónde.

"Conservate en el rincón..."—

Libre y anulada para siempre, Madame quiso tomar venganza valiéndose de las mismas armas que a ella le rindieron. Le sobraban mil pesos, y con ellos instaló un taller de costura en Barracas, adonde volvió haciendo caso omiso de los comentarios acerados que su presencia provocara. Se procuró seis ayudantas y un amante salido del mundo de los



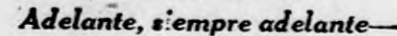
tenebrosos, y con ayuda de éste, fué convenciéndolas, hasta que las seis pasaron, desde las manos del "michet", por el cabaret y el "ghiro", al lenocinio infamante. Luego renovó el "stock", y como el rincón en que comenzó su existencia le fuera propicio a Madame, sólo salió de Barracas tres años más tarde, agotada ya la fuente productora de víctimas, para instalarse en Gaona, con el mismo y lucrativo negocio. Entonces intervino un oficial de policía, a quien la escasez de las coimas le llevó a obrar legalmente en defensa de la moralidad pública.

Nuevos progresos—

Una sección propicia le dió campo para progresar a Madame X. Su fiel amante le sirvió de intermediario, y en un día dado, se abrió en el centro una timba de monte con puerta y en cierto Banco la cuenta corriente de Madame, por cierto que de cuatro cifras ya. Cinco meses llevaba de funcionar el "establecimiento" cuando cierto caballero de industria solicitó una entrevista con la misteriosa propietaria de la timba; y la logró por intermedio de su amante.

Los tres tuvieron una prolongada conferencia, y como resultado de ella, un buen día Madame X instaló su célebre "Maison de robes et manteaux", en pleno barrio aristocrático. La búsqueda del local fué laboriosa: debía tener dos entradas, y estar en una situación tal que, por lo tranquilo y circunspecto del barrio, no despertara las sospechas de la policía. Y así fué. Desde aquel día, Madame X tuvo un socio: el caballero de industria de la conferencia aquella, representante de los contrabandistas de cocaína de El Tigre; y una propaganda discretamente hecha, hizo que el negocio no tardara en marchar como sobre rieles.

Y fueron desfilando, damas misteriosas y caballeros caracterizados que ocuparon por horas los saloncitos reservados de la "Maison", probando, quizá, las "creaciones" de Madame; niñas y niños bien que entraron cada cual por su puerta, y se retiraron al cabo de un tiempo prudencial, llevando en la cartera misteriosos paquetitos de un gramo, dos y tres de peso, y, muy especialmeste, ancianos señores que, previa entrega de importantes sumas de dinero a Madame, pasaron por los talleres, se fijaron en las "creaciones" y las costureras, y se retiraron para recibir, esa misma noche, un paquete de la "Maison X", presentado, quizá por una extraña casualidad, por la misma muchacha ante la cual el comprador había guiñado a la propietaria, pocas horas antes.



Adelante, siempre adelante—

No es cosa de dejar pasar una buena racha, y Madame jamás lo hizo. De ahí que, asentado el negocio de la Maison X, Madame se dedicara a alquilar departamentos en el centro con el propósito de subalquilarlos a jóvenes sin familia. Siete tiene actualmente de ellos, y sus pupilas son más de cincuenta. Todas pagan puntualmente, pues Madame tiene un sistema muy suyo para hacer efectivos los alquileres: cada casa está regida por un agente suyo, que cobra y rinde cuentas, y es asaz estricto en el cumplimiento de las imposiciones de la patrona.

Las ramificaciones del negocio de la "Maison X" son, pues, mucho más complicadas y mayores en número que las de un ministerio de Estado. Madame X, es fama, tiene un millón depositado a salvo; centenares de personas, oficiales y particulares, reciben de sus manos pingües rentas mensuales, y todos los negocios prosperan que es un contento. Con decir que hasta en materia de "robes et manteaux" Madame ha llegado a ser una potencia, y durante el mes pasado vendió más de quinientos modelos exclusivos. Y eso es lo único que le disgusta.

—No rinde — le dice a su amante en los momentos de intimidad.

—¡Qué le vamos a hacer! Hay que despistar — le responde él, con tono convincente...



La bailarina.—¿No puede usted soplar hacia otro lado? Porque se me están quedando heladas las piernas.



—¿No es peligrosa la operación?

—Sí; de cada cinco operaciones, generalmente, sólo una tiene éxito. Pero no se preocupe usted señora, porque cuatro seguidas me han salido mal.



—¿Crees tú que cuando te pego no me duele a mí?

—¡Sí; pero no en el mismo sitio!

EN LA FIAMBRERIA



DON JUAN y EL ZAPATERO

Historietas por ROJAS



Don Juan Soletilla necesitaba reponer su calzado.

...Recorriendo zapaterías, vió unos botines que, a más de ser muy bonitos, a todo comprador de un par le regalaban un piano.

—¿Tiene la bondad de enseñarme esos botines que hay en la vidriera? — le dijo Don Juan Soletilla al comprador.



—Pruébemelos, no más. Quiero que en vez de contrafuerte tengan quien los recontra por las dudas.

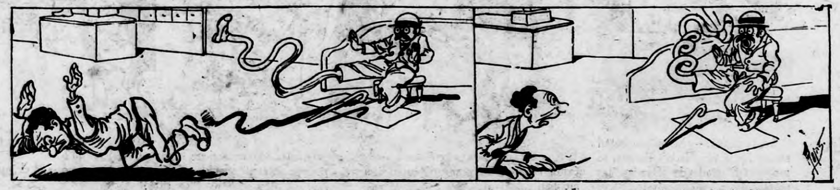
Y el empleado empezó a tirar del viejo botín de don Juan Soletilla.

Y tiraba, pero el botín no salía...



—¡Qué cosa bárbara! — decía el joven y ya zapatero.

Y seguía tirando....



Hasta que la pierna, que era de goma, dijo: ¡Ya no puedo más!

Y esoo fué lo que le pasó a don Juan Soletilla, la vez que quiso renovar el calzado que llevaba.